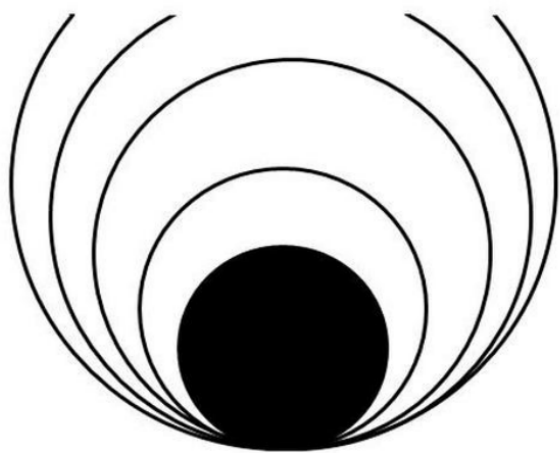




LA DAMA QUE GRITO

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.692 - La reina Midas.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.079 - Crimen en la mente.

En Colección **LA HUELLA:**

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LA DAMA QUE GRITÓ

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1082
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 38.254-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

2ª edición en América: julio, 1983

© Curtis Garland - 1983

texto

© Fabá - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Dirigió una mirada distraída al multicolor escaparate del puesto de libros y revistas, tras adquirir el paquete de cigarrillos. Dudó entre adquirir un ejemplar de una revista ilustrada dedicada al cine y TV, o un libro de brillante portada. Al final se decidió por uno de estos últimos.

Eligió cuidadosamente. Había obras de Agatha Christie, de Simenon, de Chandler y de Spillame entre otros muchos de desconocida identidad. Optó por la obra de uno de esos autores nuevos. El título era sugestivo: *Crimen en la ruta*. Sonrió al ver un autobús de línea en la portada, sobre un fondo donde brillaba el rojo carmesí de un enorme charco de sangre y un rostro de mujer aterrorizado. Pagó el dólar del ejemplar a la encargada del establecimiento, que sonrió.

—¡Viajeros para Toronto y Windsor, cinco minutos para reemprender el viaje! —Sonó una voz potente en la estación de autobuses—. ¡Viajeros para Detroit, también cinco minutos para la salida!

La joven viajera suspiró, tomando su bolsa y alejándose con rapidez hacia el andén donde se alineaban los largos y confortables autocares de línea de la *Canadian Bus Lines*.

Se detuvo un instante más, para recoger en el bar de la estación una bolsa de plástico con dos emparedados y una lata de limonada para el viaje. Luego se encaminó al bus que hacía el recorrido Montreal-Toronto-Windsor, con enlace de la línea norteamericana hacia Detroit, ya en Estados Unidos.

El conductor le sonrió cortés, en la puerta, al verla aproximarse.

—Ha sido una parada breve, señorita —dijo—. La de Kingston será algo más larga, al amanecer. Esta parada es simplemente para que la gente estire las piernas unos minutos... y para que quien lo necesita pueda utilizar un cuarto de aseo decente y no la cabina del

autobús.

—Sí, entiendo —asintió ella—. De todos modos, es un alivio poder bajar de vez en cuando a tierra. Yo tomé ya el autobús en Havre-Saint Pierre.

—¡Cielos, eso son muchas millas! —Silbó entre dientes el conductor—. ¿Enlazó en Montreal con nuestro coche?

—Así es —sonrió la joven viajera—. Me gusta viajar cuando estoy de vacaciones. Y el autobús es la forma ideal de conocer el mundo.

—Quizá —admitió dubitativamente el chófer—. Para mí, conducir uno de estos trastos no significa nada, ni tiene motivo alguno de excitación o placer, se lo aseguro.

—Eso sucede siempre —rió ella—. Lo que para unos es apasionante, se convierte en rutina para quien lo hace a diario. Hay personas que pagan miles de dólares por recorrer el mundo en un crucero de placer. Los empleados del buque que realicen ese crucero se sentirán terriblemente cansados y aburridos durante la travesía que tanto place a los turistas.

Subió al vehículo. Muchos de sus ocupantes dormitaban profundamente en sus cómodos asientos de alto respaldo, echados hacia atrás. Caminó por el pasillo central, hasta alcanzar el propio asiento, junto a la ventanilla. El asiento vecino estaba vacío. Miró la bolsa, situada en el respaldo anterior. Ya no había allí nada. Ni periódicos ni el portafolios. El hombre de edad avanzaba y blancos cabellos que fuera su compañero hasta entonces, había bajado sin duda en Brockville, la estación donde ahora se hallaban.

Se acomodó, dejando en la red los emparedados y la limonada. Tal vez bajase al amanecer en Kingston, o tal vez no. Era ya muy tarde, las cuatro y media de la mañana. Sentía sueño y cansancio. Seguramente dormiría hasta Toronto como mínimo. Allí podría almorzar, antes de reanudar viaje hasta Windsor, término de su recorrido de turista por tierras canadienses, para tomar allí el bus norteamericano que cruzaría el túnel a través de la estrecha franja del lago Saint Clair, para hallarse al fin en Detroit, Michigan. En su tierra, de regreso de las vacaciones, con dos fechas por delante para descansar un poco de viajes, antes de regresar a su aburrido trabajo de oficina en la gran empresa de Wyatt & Wyatt

Incorporated, de manufacturas plásticas.

Todo lo bueno se termina siempre demasiado pronto. Para ella, veinte días de vida tranquila y sana, en las grandes tierras canadienses, hogar de sus antecesores, tierra natal de sus padres, tocaban ya a su fin. No se arrepentía de haber elegido ese programa de vacaciones. Había bronceado su piel a la luz de las llanuras nevadas, bajo el sol del norte, había viajado en trineo, visto desfiles de policías montados de roja casaca, había presenciado cacerías en las tierras inhóspitas y hermosas, de salvaje belleza. Al fin, abandonando aquellos días la gran ciudad, su contaminación y su asfalto, había estado en contacto con la verdadera Naturaleza. Algo hermoso e inolvidable. Cumbres nevadas, bosques umbríos de coníferas, valles impresionantes de majestuosidad y silencio, cascadas, ríos y lagos que parecían vírgenes de contacto con el hombre, habían desfilado ante sus ojos maravillados durante más de dos semanas de prodigioso placer.

Ahora, tal vez por ello, el regreso se hacía más penoso y triste, como ocurre siempre. Pero era inevitable. Había pensado muchas veces en este momento. Sus sueños de novedades, emociones y excitado embeleso ante lo nuevo, desconocido y emotivo, se habían agotado. La dura realidad, el tono gris de la vida cotidiana, borraba todos los bellos colores de su fantasía. Era lo que sucedía siempre.

El bus iba a partir. Su motor comenzó a trepidar. El chófer ocupó su asiento al volante. Miró su reloj de pulsera, tras un bostezo, y apuró la última taza de café, depositada en un vaso de plástico policromado, que arrojó a una bolsa, tras estrujarlo entre sus fuertes dedos.

—Es raro —le oyó gruñir—. Hay un pasajero para Toronto. Y aún no ha subido al coche, maldita sea. Si no llega en un minuto, perderá el autobús...

Pero en ese momento, un hombre apareció en el andén, corriendo hacia el vehículo y moviendo agitadamente un brazo. En su mano llevaba una pequeña maleta de color marrón claro y un rollo de periódicos y revistas bajo el brazo.

—¡Eh, espere! —llamó—. ¡No salga todavía, amigo!

El conductor le hizo un gesto de asentimiento, esperando con la puerta abierta. El viajero comenzó a subir. La joven le miró curiosa. Era alto, de pelo moreno, rostro enjuto y jovial, ojos oscuros y

sonrisa fácil. Vestía una gabardina de color *beige*, prenda demasiado ligera para el frío de aquellas regiones, y más en la estación en que se hallaban, casi rozando la frontera de crudo y temido invierno de las tierras del norte. Sus guantes eran de simple cuero marrón y no parecían llevar forro de pieles.

Subió jadeante al coche, dio las gracias cordialmente al chófer y le tendió su billete, que el conductor comprobó, señalándole un asiento.

—Allí es —dijo—. Al lado de la señorita del cabello rubio y la chaqueta azul.

Ella suspiró. La «señorita del cabello rubio y la chaqueta azul» era ella misma. Algo había ganado. Éste era un vecino guapo, joven y de buen tipo. Parecía simpático también. Quizá fuese distraída el resto del viaje, hasta Toronto, pensó, viéndole aproximarse por el pasillo.

El joven se detuvo ante el asiento. Comprobó el número con su *ticket* y sonrió la viajera con gentileza.

—Buenas noches —saludó—. O buenos días, mejor. Uno se arma un lío cuando aún no se ha acostado y emprende viaje cerca del amanecer...

La joven pintó en su bello rostro una sonrisa de circunstancias, asintiendo.

—Sí, tiene razón. Lo dejaremos en buenas noches, entonces.

Él depositó el maletín en la red y las publicaciones en el respaldo del asiento delantero. Se acomodó junto a la muchacha. El autocar comenzó a deslizarse lentamente hacia la salida de la estación.

Minutos más tarde, las luces de Brockville, pequeña ciudad canadiense de Ontario, se fueron quedando atrás en la noche transparente, helada y límpida. El vaho comenzó a cubrir las ventanillas, a causa de la diferencia de temperatura y humedad entre el exterior y el interior del bus. El rodaje por la autopista se hizo rápido y regular. La vibración del vehículo era mínima. El sueño comenzó a rondar a los pocos viajeros que permanecían despiertos, entre ellos la propia joven. Y también su compañero de asiento actual, que dio una leve cabezada. Luego sonrió de nuevo y murmuró, disculpándose:

—Ya ve. Sueño atrasado... —rió entre dientes—. No se puede

trasnochar tanto...

—Es evidente. Pero trasnochar es divertido, ¿no?

—No siempre —suspiró el joven—. Sobre todo, cuando a uno le falla la chica que era el motivo de la noche perdida...

La joven no quiso opinar nada al respecto. Abrió su libro, dando a entender que renunciaba a seguir conversando con el desconocido. Éste, pese a todo, pareció obstinarse en mantener la relación amistosa con su vecina. Echó una ojeada al libro.

—Vaya, le gustan las emociones fuertes, ¿eh? —comentó, risueño—. Crímenes, terror y gente sospechosa en un viaje en autobús como éste... Pero creo que no vivirá tantas emociones en este coche como las que aparecen en esa novela.

—¿La conoce?

—Claro. Yo también soy aficionado a las novelas policíacas. Pero no tema, no le diré quién es el asesino... a menos que usted me lo pida —terminó riendo.

—Ni lo sueñe —sonrió a su vez la joven. Y se puso a leer de nuevo, intentando por todos los medios romper el diálogo con su vecino.

Éste pareció comprender la indirecta, se arrellanó en la butaca y cerró los ojos, cruzándose de brazos. Poco después respiraba fuerte, profundamente, y parecía dormir de manera apacible. La joven le miró de soslayo, interrumpiendo la lectura. Pensó que tenía un perfil realmente atractivo y varonil.

No supo cuánto tiempo leía. Pero tal vez fue durante más de media hora, dado el número de páginas que del relato de intriga quedaban atrás. Luego, le entró sueño. Se adormiló, dejando el libro abierto sobre sus rodillas. Un dulce sopor fue invadiéndola ayudado por el grato calorillo del bus y el ronroneo monocorde de su motor.

Tampoco tenía noción exacta del tiempo que llevaba dormida, cuando despertó. Algo había provocado la interrupción de su sueño. En principio ignoró la razón. Luego advirtió que estaban parados en la carretera. Su vecino aún dormía, vencido sin duda por el cansancio.

Se incorporó la joven. Deslizó su mano por el empañado vidrio de la ventanilla. El vaho se borró. Observó que nevaba intensamente ahora. El frío del exterior debía de ser muy intenso.

Alguien comentó allá delante, cerca del chófer:

—Ese desprendimiento de piedras no puede durar mucho. Están limpiando la carretera. En pocos momentos parece que seguiremos adelante.

—Sí, seguro —corroboró el conductor—. Estamos a punto de seguir, no se preocupen. Esto ocurre a veces en esta parte de la carretera.

La joven turista americana contempló aburrida el exterior, apartando de su mente la somnolencia que aún la invadía. Contempló el paisaje. No era nada divertido, la verdad, fue su pensamiento inmediato.

—Parece que todo está desierto —murmuró, observando los matorrales cubiertos de espesa nieve, la valla más allá de la autopista, la pradera también nevada, salpicada de abetos en la distancia, una suave loma igualmente blanca, y una casa.

Contempló la casa con curiosidad. Era un edificio antiguo, de dos plantas, rodeado de una tapia y con un jardín descuidado, totalmente blanco por la nieve. Tejado empinado, una chimenea algo derruida y ventanas oscuras por completo.

Se preguntó la joven cuánto tiempo llevaría esa aislada casa abandonada. Daba la impresión de llevar años así. O tal vez alguien viviera allí en ocasiones, pero ahora tenía toda la apariencia de no estar ocupada.

Inmediatamente tuvo que cambiar de opinión.

Acababa de iluminarse una ventana del piso alto.

Miró con una mezcla de indiferencia y curiosidad. Se reprochó su papel de espía de la intimidad ajena. Una sombra de mujer había aparecido en la ventana. Nítidamente recortada, como si la luz que se proyectaba contra el vidrio fuese directa y cruda. Daba la impresión de una de aquellas sombras chinescas llamadas de «linterna mágica», fue su inmediata idea.

El perfil de la mujer era preciso, silueteado con claridad en negro, sobre el fondo azulado de aquella intensa claridad que recortaba en la noche nevada y gélida un rectángulo de luz aislado. Su resplandor brillaba fantasmal en el nevado jardín, alargándose la mancha de luz azul.

La sombra femenina se movió de un lado a otro. Desapareció de su visual. La joven viajera se dispuso a apartar sus ojos de aquella

casona aislada en la campiña canadiense, para reanudar su sueño. El motor ronroneó de nuevo. Alguien dijo allá delante:

—Ya nos vamos. ¿No lo dije? Fue cosa de unos minutos...

La sombra de la mujer reapareció. Pasó de nuevo por la ventana. Se detuvo en un extremo de ella.

Y, de repente, otra sombra apareció en el campo visual. Esta vez era la sombra de un hombre. Llevaba sombrero y alguna prenda, quizá una gabardina o acaso un abrigo, con el cuello alzado. Sus brazos se alzaron.

La viajera quedó petrificada por el horror.

El hombre empuñaba un hacha. Ésta se recortaba tan clara y precisa como las de dos personas. La alzó sobre su cabeza. La mujer alargó el brazo, dando la impresión de querer parar el golpe. Su boca se abrió. Debió emitir algún grito, sin duda. Un grito prolongado, que duró todo el tiempo que estuvo alzada el hacha.

Y también todo el tiempo que tardó en caer. Todo ello, apenas si ocupó dos o tres segundos.

El hacha alcanzó la cabeza de la mujer. La figura de ella desapareció fulminantemente. El hacha se alzó de nuevo. Pero ella ya no estaba visible. Golpeó donde había caído. Una, dos veces.

En esta ocasión fue la viajera quien gritó.

Gritó aguda, desesperadamente, justo en el momento en que el coche rodaba por la carretera, alejándose del lugar.

CAPÍTULO II

El grito de la joven pasajera del bus provocó una tremenda conmoción.

No era para menos. Había sido un auténtico alarido desgarrador, terrible, reflejo de un horror y de una angustia casi infinitos. A su lado, el viajero pegó un respingo y la miró, aterrado.

Todo el autobús se volvió hacia ella. El cochero frenó en seco, casi violentamente, y los cuerpos de los pasajeros se agitaron en sus asientos.

—Cielos, ¿qué ocurre? —jadeó con tono alarmado el joven vecino—. ¿Le sucede algo, señorita?

—Allí... —La voz de ella era ronca, ahogada, expresándose con dificultad. Señaló con mano temblorosa, estremecida, hacia la ventanilla, hacia la casa que quedaba atrás en esos momentos—. Han matado a una mujer...

—¿Qué dice? ¿Dónde? —El joven abrió mucho sus ojos, contemplándola con asombro. Luego, en vano trató de ver algo por la ventanilla, empañada de nuevo, salvo las blancas sombras de la nieve exterior.

—Esa casa... Fue horrible. El hombre empuñaba un hacha... La mujer gritó...

—¿Gritó? —repitió, perplejo, el viajero—. ¿Cómo pudo oírlo usted desde aquí, señorita? Sería imposible oír nada con estas ventanillas herméticas, en medio de la carretera. Esa casa parece algo distante... ¿Se refiere a aquella que se vislumbra allá?

—Sí, sí. Estábamos ante ella justamente cuando ocurrió...

—¿Y cómo pudo verlo? No hay una sola luz...

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —Ahora era la voz áspera y destemplada del chófer la que interpelaba a la pasajera. Ésta alzó la cabeza. Erguido, con cara de pocos amigos, en medio del pasillo, el chófer del autobús se inclinaba sobre ella, casi ominoso—. ¿Por

qué ha gritado así, señorita? Pudo haber provocado un accidente, con lo resbaladiza que está la carretera.

—Yo... lo siento —susurró la joven, encogida—. Pero es que vi... un asesinato, conductor.

—¿Un asesinato? —El hombretón y el viajero cambiaron una mirada de pasmo y escepticismo—. ¿Dónde, señorita?

—Allí... en aquella casa...

El chófer arrugó el ceño. Miró desconfiado a la muchacha. Luego se inclinó hacia la ventanilla. Su ruda manaza velluda borró el vaho del cristal. Escudriñó el exterior.

—Vamos, vamos, señorita —protestó el hombre—. Si apenas se ve nada... Esa casa está más oscura que la propia noche...

—¡Había luz en una ventana! —insistió ella.

—Ya. Y usted vio algo por esa ventana...

—Eso es. Un hombre y una mujer. Él alzó un hacha y la hundió en la cabeza de la mujer. Ella gritaba al ser atacada, cayó... y siguió golpeándola.

Los ojos del chófer mostraron un claro recelo. Volvió a mirar al vecino de asiento. Éste se encogió de hombros, meneando la cabeza de lado a lado.

—¿Usted no vio nada, señor? —quiso saber el chófer.

—No —negó él—. Yo dormía. Poco antes me había despertado ligeramente. La vi dormir también a la señorita.

—Acababa de despertarme —explicó ésta—. Entonces se encendió la luz y ocurrió...

—Ya —los ojos del conductor se fijaban ahora en las tapas del libro abierto sobre las rodillas de la joven. Se olvidó de admirar las bonitas piernas que podrían distinguirse hasta medio muslo, para estudiar la sangrienta cubierta de la novela. Leyó en voz alta con sarcasmo—: *Crimen en la ruta*. ¿Está leyendo ese libro, señorita?

—Por supuesto. Pero... —De repente ella pareció darse cuenta de la intención que encerraban las palabras del chófer y se soliviantó, irguiéndose en su asiento—. ¡Un momento! ¡No he estado imaginando cosas, si se refiere a eso! ¡Yo he visto a una mujer atacada por un hombre con un hacha! ¡Lo puedo jurar! ¡Informe de esto a alguien, avise a la población, haga algo!

—Señorita, no podemos hacer nada hasta llegar a un teléfono. Y dudo mucho que la policía acepte una denuncia tan grave,

basándose solamente en la declaración de una pasajera que acababa de despertar de un profundo sueño, y en medio de una carretera oscura, en plena noche, puede ver, a casi cien yardas de distancia, unas figuras en una ventana... y un crimen tan minuciosamente detallado, en una casa donde no se ve luz alguna.

—¿Me toma por loca o maniática? —Se irritó ella—. Una cosa es que me guste leer en un viaje una novela policíaca, y otra muy distinta es que haya inventado una historia así.

—Nadie dice que la haya invitado, señorita —repuso suavemente su vecino, con tono conciliador—. Pero podría suceder que hubiese soñado algo, que al despertar cualquier juego de luces y sombras, unido a su propia imaginación, le hubiera hecho ver algo que no es...

—¡Insisto en que he presenciado un asesinato! —protestó la joven de nuevo—. Y exijo que se denuncie lo antes posible.

—Está bien —resopló el conductor, mirando con exasperación su reloj—. Sólo faltaba esto, después de haber perdido tiempo con el desprendimiento, y del estado de la carretera... Señorita, me detendré en el próximo teléfono y avisaré a la Policía Montada, no se preocupe. Les daré todos los detalles, para que cuando lleguemos a Kingston, ellos ya hayan revisado la casa y puedan comprobar si vio usted efectivamente lo que dice o fue pura alucinación. ¿Su nombre y datos, señorita? Tendré que decir a la policía quién fue la que presenció el supuesto asesinato...

—Stella Graham —dijo ella con decisión—. Norteamericana. De Detroit, Michigan. Secretaria de dirección en la Wyatt & Wyatt Incorporated de esta misma ciudad. ¿Será suficiente?

—Claro, señorita —sonrió el chófer, tratando de mostrarse cortés, al tiempo que anotaba todos esos datos en un pequeño bloc—. Ha sido muy amable. No dude que, si realmente ha ocurrido algo en esa casa, la policía lo averiguará.

Soltó un leve resoplido, guardó su bloc y se dirigió al volante de nuevo, explicando a algunos impacientes y molestos pasajeros el motivo del grito de la pasajera. Ésta se hundió en su asiento al notar fijas en ella varias miradas poco amistosas.

El coche arrancó de nuevo. Stella Graham miró atrás, a la sombría edificación que se iba perdiendo ya en la distancia,

absorbida por las sombras de la noche, más allá de los resplandores de la luz del autocar en la nieve.

—Dios mío... —murmuró—. Sé que lo vi. Estoy segura...

—¿Cree que debiéramos haber bajado del autocar y explorado esa casa? —sugirió el joven vecino en tono amable.

—No hubiera sido mala idea, pero imagino que a la gente no le hubiera acabado de gustar demasiado.

—En efecto, eso es lo que pienso —sonrió el joven—. Personalmente, me hubiera ofrecido a formar parte del grupo, pero este chófer tiene mucha prisa. Ha de cumplir el horario estricto y no puede jugar con su empleo, compéndalo...

—Sobre todo para atender la denuncia absurda de una mujer que lee novelas policíacas y acaba de despertarse de su sueño... —sugirió ella, sarcástica.

—No hable así, señorita Graham —rogó él—. A la gente siempre le cuesta mucho admitir ciertas cosas que en cambio acepta normalmente si las lee en un periódico de sucesos o las oye en un boletín informativo de la radio o la televisión.

—Usted, por ejemplo... no me cree tampoco.

El joven se encogió de hombros. La miró con fijeza.

—No sé si la creo o no —confesó—. Su historia es difícil de aceptar, compéndalo. Pero yo no he dicho que usted mienta o vea cosas raras. Todo puede deberse a una mala interpretación de algo que pudiera parecer un crimen, sin serlo.

—Estaba segura de que pensaría así —dijo ella con tono frío—. Muchas gracias por su diplomática forma de exponer las cosas. Buenas noches. Tengo sueño ahora, señor.

—Laverne —dijo él presuroso—. Paul Laverne. Soy francocanadiense, de Quebec...

—Bien, señor Laverne. Felices sueños.

Y cerró los ojos, echándose atrás en su asiento, como si fuera a dormir, cuando lo cierto es que distaba mucho de sentir sueño alguno en estos momentos. Su mente comenzó a trabajar. Evocó los acontecimientos recién presenciados.

Su despertar, el vaho de la ventanilla, la mirada al exterior, la nieve, la casa aislada en la campiña, la luz repentina en una ventana, la sombra de mujer, la del hombre del sombrero y la gabardina subida, las manos con el hacha...

Luego el gesto, el grito indudable que la desconocida emitió al verse atacada, el hacha que descendía hacia ella, el golpe atroz, la caída... y los sucesivos golpes.

Respiró hondo. Se estremeció. Era horrible incluso recordarlo. No, no podía haber imaginado nada así. Ciertamente que, en la novela, una mujer era asesinada en un autobús, y su cadáver aparecía junto a la protagonista del relato, aparentemente dormido. Pero eso era otra cosa. Eso era real. No podía ser una alucinación. Tampoco un mal sueño. Había existido.

¿O no?

La repentina sospecha, la duda, la asaltó con cruel mordisco. Se sintió desazonada. ¿Era posible que aquel tosco chófer tuviera razón? ¿Que las reticencias de su vecino de asiento fueran justificadas? ¿Se podía sufrir una visión semejante?

No debía aceptar dudas. Tenía que estar firme, segura de sí misma, si quería que la policía creyera en su palabra cuando llegase a Kingston. Si ella misma no tenía fe en su criterio, ¿quién iba a tenerlo, después de todo?

Creyó por un momento que no se dormiría nunca, que pasaría en vela el resto del trayecto nocturno del gran autobús. Pero no fue así. Minutos más tarde, dormía profundamente, vencida por su cansancio, sus nervios y su repentina relajación.

Cuando despertó, medio aturdida, la claridad azulada de un amanecer frío y nuboso hirió sus retinas a través de la escarcha y el vapor acumulados en las ventanillas.

Una voz amable informó a su lado:

—Estamos llegando a Kingston, señorita Graham. ¿Ha descansado bien?

—Sí, gracias —respondió ella secamente, mirando a su vecino.

Pensó que sería mejor bajar en la población, al tiempo que declaraba ante la policía local, para tomar algo caliente, olvidándose de sus viandas adquiridas en el bar de la estación de Brockville.

—Mire. Su denuncia ha tenido éxito inicial —señaló el joven Paul Laverne, dirigiendo su índice hacia la ventanilla—. La están esperando, sin duda alguna.

La joven miró. En el andén de la estación del autobús, donde estaban entrando, dos hombres con chaqueta de piel y sombrero de

copa picuda y ala redonda, llevando un revólver a la cintura, sujeto al cuello por un negro cordón, esperaban en el recinto la llegada del vehículo.

—Creí que la Policía Montada iba siempre de rojo... —comentó, pensativa.

—Eso era antes. Ahora solamente usan sus vistosas chaquetas rojas en los desfiles de gala, conmemoraciones u determinadas fechas históricas. Pero esos dos pertenecen a la legítima Policía Montada del Canadá, se lo garantizo, señorita Graham.

El bus se detuvo en su andén correspondiente. La puerta se abrió, comenzando a descender los viajeros. El chófer lo hizo con rapidez, reuniéndose con los dos policías canadienses, a quienes saludó con deferencia. Hablaron entre sí, y el hombre señaló hacia ella. Stella Graham ya se había puesto en pie, caminando hacia la salida.

Bajó al andén, ayudada por uno de los policías cortésmente. El otro llevó la mano enguantada al borde del ala de su sombrero, y preguntó con tono amable:

—¿Señorita Stella Graham, de Detroit?

—Sí, agente, yo misma —asintió ella.

—Soy el sargento Kirk, de la Policía Montada —explicó el otro—. Estábamos esperándola. ¿Quiere acompañarnos al cuartelillo a hacer la declaración oficial?

—Por supuesto —afirmó ella, resuelta.

—Entonces, síganos, por favor. Tenemos un coche esperando ahí fuera. Será cosa de poco tiempo, no queremos importunarla demasiado. En cuanto al autobús, no tema. Esperará hasta su regreso. Tendrá tiempo incluso de tomar algo caliente, si lo precisa.

—Creo que sí. Me siento decaída y destemplada, sargento.

—De momento, arreglaremos eso en el cuartelillo —sonrió el policía—. Tenemos buen café y algunas otras cosas, señorita Graham. Será un placer atenderla debidamente.

—Son ustedes muy amables —les miró, agradecida—. ¿Han comprobado ya algo de... de mi denuncia?

El gesto del sargento Kirk se ensombreció claramente. Movié la cabeza, con un leve encogimiento de hombros. La invitó, con gesto cortés, a acompañarles.

—Eso lo aclararemos en el cuartelillo, si no le importa. Ahora

tranquilícese y relaje sus nervios, señorita.

—Estoy relajada —suspiró ella—. La crisis difícil fue esta madrugada, cuando presencié aquella horrible escena, sargento.

El policía no comentó nada, pero ella captó un rápido intercambio de miradas entre uno y otro policía. No le gustó ese indicio lo más mínimo, aunque se abstuvo de referirse a ello.

En un *jeep* cerrado cruzaron algunas calles de la población, cubiertas de una espesa capa de nieve. No nevaba ahora, pero el frío era intenso y el cielo gris plomizo no presagiaba nada bueno para las próximas horas.

Estuvieron en el confortable cuartelillo local de la Policía Montada en breves minutos. Allí todo fueron atenciones para la viajera. Le sirvieron café y pastas, y tuvo que rechazar emparedados, cerveza y otras bebidas. Una vez confortada con la caliente infusión, pasó a un despacho interior, perteneciente al sargento Kirk, donde debía prestar declaración, tomada mecanográficamente por otro joven policía.

—Empiece contándome todo cuanto vio, señorita Graham —rogó el sargento—. La llamada del conductor del autobús se limitó a dar unos breves detalles del hecho.

Stella así lo hizo. A medida que hablaba en su historia, ella misma iba dándose cuenta de lo inconsistente y absurda que tenía que sonar para quien la oyese por primera vez. Sin embargo, el sargento de la Montada permaneció discretamente atento, sin que su rostro reflejase absolutamente nada durante todo el tiempo.

Cuando ella terminó, el policía lanzó un suspiro e hizo algunas anotaciones en una hoja de papel extendida ante sí. Después se cruzó los dedos de ambas manos ante él, miró a la joven e indagó:

—¿Eso es todo?

—Todo, sí.

—¿Dice que la luz se apagó después de ocurrido todo?

—No sé cuándo se apagó exactamente. Recuerdo que grité, sobresaltando al conductor, que frenó en seco, asustando a los viajeros. Luego, un vecino de asiento me dijo que no había ninguna luz en la casa. Y era cierto. El chófer también me dijo lo mismo al acercarse. Sin embargo, la luz había existido. Debieron apagarla apenas grité yo.

—El chófer ha dicho que usted afirmó haber oído gritar a

aquella mujer...

—No, no es exacto.

—Pues él lo afirma, señorita. Y dice que su vecino de asiento también oyó que usted lo decía.

—Dije que ella gritó. No que yo la oyese.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Es fácil intuirlo. Abrió mucho la boca. Ya le digo que eran como dos sombras chinescas. Estaban perfectamente recortadas contra el cristal. El vaho de éste, a causa del frío, lo convertían en una superficie translúcida, pero no transparente. Sólo se veían las siluetas moviéndose en la luz.

El sargento Kirk se rascó el cabello, perplejo. Meneó la cabeza con cierto aire de desorientación. Sus palabras fueron breves y rápidas:

—¿Podría identificar a cualquiera de esas dos personas?

—No sé. No lo creo. La mujer era normal. Cabello largo, creo que ondulado, nariz recta. Parecía joven, pero no podría jurarlo. Todo fue tan rápido, tan confuso...

—Creí que las siluetas eran nítidas.

—Y lo eran, sargento. Lo confuso fueron los hechos. Tan rápidos y terribles... Todo duró unos segundos.

—¿Cuántos segundos calcula usted?

—Tal vez seis o siete. No más de diez, desde que ella apareció inicialmente.

—¿Y el hombre? ¿Cómo lo describirla?

—Algo más alto que la mujer, desde luego. Llegaba a un nivel más elevado su sombra. Pero llevaba sombrero ajustado. Y el cuello de una prenda de abrigo subido. No sé si era un abrigo o una gabardina. Parecía ligera la prenda por la forma de moverse sus manos cuando... cuando alzó y bajó el hacha.

Los ojos del sargento Kirk, azules y penetrantes, se entornaron ligeramente, sin apartarse de ella lo más mínimo.

—Es usted muy observadora —hizo notar.

—Sí, mucho.

—Incluso cuando acaba de despertar de un profundo sueño en la madrugada, dentro de un coche con las ventanillas empañadas por la diferencia de temperatura.

—¿Sugiere que exagero algo en lo que describo? En todo lo que

capté en esos breves momentos, sargento.

—No sugiero nada, señorita. Hago una observación, simplemente. Supongo que recuerda detalles de la casa en cuestión...

—Sí, claro —pestañeó ella—. Dos plantas, tejado gris, muy empinado, lleno de nieve. Una chimenea medio derruida. Un jardín descuidado y una tapia descorchada, con enredaderas que también cubría la nieve.

—No hay duda. Se refiere usted a Lake House.

—¿Lake House?

—Sí. Toma su nombre de un lago cercano, situado a cosa de tres millas tierra adentro, Gananoka Lake... Otros dicen que es porque su dueño inicial fue un tal Desmond Lake, un tipo que murió hace casi cien años... Puede que se llame así por ambas cosas.

—Entonces, conoce usted la casa...

—¿Conocerla? Claro. Dista poco de Brockville, cosa de cinco millas poco más o menos.

—¿Y no han ido a examinar esa casa, después de la llamada del conductor del autobús?

—Por supuesto, señorita Graham. Es lo primero que hicimos tras recibir esa llamada, el cabo Preston y yo. Acabábamos de regresar a Kingston cuando llegó su autobús antes. Pero quería saber si no nos equivocamos de casa. Ya veo que no.

—¿Y bien, sargento? —Se impacientó la joven, inclinándose sobre la mesa de despacho del policía—. ¿Qué encontraron allí?

—Nada.

Lo dijo así. Breve, tajantemente. Stella pestañeó. Una rara aprensión comenzó a apoderarse de ella.

—¿Qué quiere decir... nada? —puntualizó.

—Justamente lo que significa: nada. Señorita Graham, esa casa lleva más de cuatro años abandonada y cerrada. Nadie ha entrado ni salido de ella en todo ese tiempo. Está en venta, pero su agente vendedor no ha recibido una sola oferta por ella, a causa del crimen.

—¿Crimen? ¿Qué crimen? —Se estremeció ella.

—Uno que ocurrió allí hace precisamente cuatro años, los que lleva ya cerrada y sin habitar —suspiró el policía con una leve sonrisa—. ¿De veras no había oído hablar de ello antes de pasar

ante esa casa?

—Claro que no, sargento. Me hubiera acordado de ello.

—Tal vez lo oyó de modo subconsciente, lo olvidó o se dio cuenta de ello...

—Y luego, mi subconsciente dio forma a esa historia, e imaginé lo que había ocurrido en la casa años atrás, como si estuviera sucediendo de nuevo, ¿no es eso lo que está sugiriendo con sus palabras, sargento? —concluyó ella con sarcástico tono.

—Podría ser una posibilidad, señorita Graham, aunque usted no quiera tenerla en cuenta.

—Sargento Kirk, no estoy loca, como para revivir mentalmente cosas que ignoro y que no he presenciado jamás —se expresó ella con tono contundente ahora—. Veo claramente que usted tampoco me cree. Nadie me cree.

—No he dicho eso, señorita Graham. Yo...

—Sargento, tuvo que quedar algún vestigio de ese nuevo crimen. Ha tenido que encontrar alguna cosa allí. Ocurrió en el piso alto, creo que en la última ventana, a la izquierda de la casa respecto a mi visual en aquel momento...

—Señorita, en esa casa ni siquiera hay luz eléctrica desde hace años. La instalación está estropeada y desconectada de la red. Las puertas tapiadas, las ventanas aseguradas con postigos, el interior lleno de polvo y abandono. No ha podido haber nadie en ninguna de esas habitaciones, y menos ocurrir crimen sangriento alguno en los últimos años. Lo siento, señorita Graham. Hemos podido comprobarlo minuciosamente el cabo Preston y yo. Allí no ha podido haber persona alguna esta madrugada. Allí no puede haber sucedido nada. Lo siento de veras. Lo siento por usted...

CAPÍTULO III

Estaba abatida. Abatida y rota.

Era increíble. Nadie creía en su palabra. Los policías de Kingston habían sido la amabilidad personificada. Pero eso era todo. Oficialmente, su denuncia era papel mojado, su testimonio nulo. No aceptaban la historia narrada. No había podido haber crimen. Era una opinión definitiva.

Tomó un sorbo del café que había pedido en aquel bar situado frente a la estación de autobuses. A su lado tenía su bolso y su novela policíaca. Había advertido, durante su testificación, la significativa ojeada que el policía había dirigido al libro, aunque absteniéndose de hacer comentario alguno. Una vez más, la incredulidad había sido evidentemente cruel con ella. Se sentía furiosa, indignada. Y deprimida también.

Cada vez estaba más convencida de que no soñó, de que no imaginó nada, de que ni siquiera conocía nada relativo a esa vieja historia de un crimen cometido años atrás.

Y, sin embargo, nadie creía una palabra de lo que afirmaba. El caso estaba cerrado definitivamente, aun antes de abrirse.

—No lo entiendo —murmuró para sí—. No puedo entenderlo...

Dirigió una mirada al exterior, a través del ventanal, mientras encendía nerviosamente un cigarrillo. Tal y como presagiaba el cielo encapotado matinal, estaba comenzando a nevar otra vez. Eran ligeros, tenues copos blancos, que parecían flotar en el aire en vez de caer. Las calles de Kingston eran un bello pero triste espectáculo, con la espesa capa blanca cubriendo su asfalto y festoneando graciosamente los tejados y porches, así como los árboles y setos.

Recordó que la hora de salida del autobús, aplazada previamente en treinta minutos a causa de su testificación en el cuartelillo de la Policía Montada, era ahora a las diez de la mañana.

Miró su reloj un instante. Faltaban sólo siete minutos para esa hora.

Y lo cierto es que no sentía gana alguna de abandonar aquella región y volver a su Detroit natal con el fantasma de aquel suceso obsesionando su mente. Sería como vivir toda su existencia esclava de una horrible imagen en blanco y negro, un macabro juego de luces y sombras, como una escena de linterna mágica de siniestro significado. Nunca, si se iba de allí, estaría segura ya de nada. Ni siquiera de sí misma.

Apuró su café. Se puso en pie, dejando el importe junto al *ticket*, sobre la mesa. Tomó bolso y novela y echó a andar hacia la salida. Cruzó la calle bajo la nieve, hundiendo sus botas en el blanco y crujiente elemento.

Llegó a la estación de autobuses. Entró en el andén, bajo las cornisas que los protegían de los elementos. El autobús con destino a Toronto y Windsor estaba ya a punto de partir. Vio por la ventanilla a su vecino de asiento. Paul Laverne, acomodado ya en su plaza. Cuando la descubrió, le hizo un gesto amistoso. Ella correspondió brevemente con un ademán del brazo, y se encaminó al conductor, que permanecía en pie a la puerta del coche, tomando una botella de cola. La miró, intrigado.

—Vaya, señorita Graham, ¿ya terminó todo? —Fue su pregunta.

—Sí, todo —afirmó ella secamente—. ¿Quiere sacar mi maleta del compartimento de equipajes, por favor?

—¿Su maleta? —Pestañeó el hombre, sorprendido.

—Sí, por favor. Aquí está el *ticket* —le tendió el resguardo de la valija, que el otro tomó con aire desconcertante.

—Pero usted iba a Windsor y Detroit, si no me equivoco...

—Así es. He cambiado de idea. Iré más adelante, en otro autocar.

—Eso no será posible hasta mañana, señorita...

—Pues bien, será mañana. Dese prisa, se lo ruego. No quiero demorar más su recorrido por mi parte.

—¿Está usted segura de que lo ha pensado bien? ¿Necesita realmente quedarse?

—Creo que sí. Necesito quedarme —suspiró ella—. Tal vez porque necesito, más que nunca, encontrarme a mí misma. Y no me pregunte más, se lo ruego.

—Está bien, como usted quiera, señorita. Enseguida le daré su

maleta...

Abrió el compartimento lleno de equipaje, buscó la etiqueta numerada y al dar con ella extrajo la maleta, que depositó a pies de la joven. Ésta la tomó resueltamente y se alejó del autobús. Paul Laverne, sorprendido, se pegó al cristal de la ventanilla, siguiéndola con la mirada.

Ella se dio cuenta de eso, pero no le hizo el menor caso. Le disgustaba no seguir viaje, porque aquel vecino le resultaba sumamente atractivo, aunque también le había irritado un poco verse tratada por él con tanta incredulidad.

Dejó la estación de autobuses. Dirigió una mirada en torno. Sus ojos se vieron enseguida atraídos por un rótulo situado en un edificio vecino al bar, también enfrente de la *Bus Station*: Hotel del Norte.

Cruzó de nuevo la blanca calzada resueltamente. Momentos después, se estaba inscribiendo en el Hotel del Norte, por una sola fecha, pagando anticipadamente su alojamiento allí. Un «botones» subió su maleta a la habitación 102, en el primer piso, y la joven suspiró, contemplando el lecho. Ansiaba dormir normalmente en una cama. Y ahora podía hacerlo. Sus vacaciones en el Canadá, cuando menos, iban a aplazarse veinticuatro horas. Dos de sus días de descanso previos a su incorporación al trabajo en Detroit se habían reducido ahora a uno solo. Y eso si no se presentaban complicaciones. Complicaciones cuya naturaleza ella, lógicamente, no podía ni imaginar. Pero que entraban dentro de su previsión, desde el momento mismo de haber tomado una decisión tan drástica.

Se acercó a la ventana del dormitorio. Miró a la calle alzando el visillo.

El autobús salía en ese momento de la estación. Se dirigía a su última etapa de Toronto-Windsor-Detroit. Esa misma noche estarían los viajeros en el término de su viaje. Contempló con tristeza, y también con cierta inquietud, el alojamiento de la roja y brillante carrocería del vehículo, en dirección a la carretera. Suspiró, bajando la cortina y regresando lentamente a la cama. Se dejó caer en ella, totalmente vestida. Se despojó de sus botas solamente, y permaneció quieta, boca arriba, tendida cuan larga era.

Cerró sus ojos, fatigada. Dejó correr sus pensamientos.

De repente, tuvo miedo.

Auténtico pánico.

Se incorporó ligeramente. Miró en torno, preocupada. El alto techo del viejo hotel, las amplias ventanas, casi balcones de viejo estilo colonial, los muebles sólidos y antiguos. Y ella sola allí.

Sola.

Se había quedado en una pequeña ciudad desconocida del litoral norte del Lago Ontario, sólo por obstinación. Por rebeldía contra el escepticismo de los demás, incluida la policía local.

Y después de todo, se preguntó ahora, ¿para qué?

—Sí, ¿para qué? —se sorprendió a sí misma hablando en voz alta. Movi6 la rubia cabeza y suspir6—: Ni siquiera sé lo que tengo que hacer.

Se volvió a echar. La almohada era blanda y suave. Sintió sueño, fatiga. El miedo a la soledad pasó a segundo plano. Después de todo, ella estaba segura de algo. Había presenciado un crimen, dijeran lo que dijeran los demás. Y por lo que le dijera el escéptico sargento Kirk, el escenario del mismo había servido ya para otro crimen anterior, cuatro años atrás. Un crimen del que ni siquiera sabía ella nada más.

Y si ello era así, en alguna parte, no lejos de Kingston, había un asesino suelto. Un hombre al que ella había visto solamente a través de una ventana empañada por el vaho. Una simple silueta irreconocible.

—Pero ¿cómo es posible que esa casa siga cerrada y sin huellas de haber sido visitada recientemente? —se preguntó la joven—. ¿Qué luz tan potente era aquélla, si no era eléctrica? En la nieve es fácil dejar huellas de pisadas, en el polvo también quedan señales, sobre todo de calzado húmedo... Y de sangre.

Sangre.

Tuvo un escalofrío de horror. Se agitó en el lecho, inquieta. Sí, tenía que haber corrido mucha sangre la noche anterior. Siempre hay mucha sangre cuando se utiliza un hacha.

Cerró los ojos con horror. No le era difícil imaginar la escena. Y tampoco resultaba grato pensar en ello. Pero ¿qué fue entonces de esa sangre? ¿Qué del cadáver? ¿Qué de las huellas? Dos policías profesionales como el sargento Kirk y el cabo Preston no podían haber pasado por alto rastros tan claros. Y no era tarea sencilla

ocultarlos a ojos de gente experta.

Por eso no lo entendía. Empezaba a temer si, realmente, todo aquello no habría sido soñado, imaginado... o uno de aquellos sucesos de parapsicología de los que hablaban a veces los periódicos, siéndole posible presenciar algo sucedido años atrás.

Se resistía a admitir eso último. No creía en tales hechos inexplicables, por muy apoyados que estuvieran en modernas ramas de la ciencia. Seguía pensando en que el asunto sólo tenía dos alternativas: o el hecho nunca ocurrió y era producto de una alucinación o un sueño suyo... o había presenciado realmente lo que ella afirmaba.

En ambos casos sentía miedo. En el primero, por temor a su propio cerebro. En el segundo, ese terror era más concreto: hacia un hombre, un anónimo personaje capaz de hundir el cráneo de una mujer con un hacha...

Poco a poco, se fue relajando, olvidando todo esos temores y preocupaciones. Al fin, se quedó profundamente dormida.

El hombre la miró pensativo. Meneó la cabeza.

—Es un viaje muy largo. Sobre todo, tal como está la carretera de nieve y barro, señorita —comentó sin poner demasiado entusiasmo en su voz.

—Le pagaré bien —objetó ella.

—No se trata de eso. Es que tengo un viaje convenido para esta noche, y si piensa quedarse usted allí mucho tiempo... pues la verdad, no podría traerla de regreso a Kingston.

—No importa. Me quedaré allí. Algún sitio habitable habrá cerca del lugar que le he citado, donde pernoctar, en caso de apuro...

—Por supuesto, señorita. Tiene allí Gananoka, junto al Toll Bridge. Es una pequeña población, pero tiene un buen motel y un hotel aceptable, con un restaurante de cocina francesa muy recomendable. Pero no me gustaría dejar a una cliente colgada de ese modo, señorita...

—No le importe —sonrió ella—. Usted lléveme allí en su taxi y no se preocupe de lo demás. Imagino que también será posible encontrar allí algún taxi para regresar...

—Eso ya no lo sé. Es posible que el viejo McCarran se preste a viajar con nieve en la ruta, pero no esté demasiado segura.

—¿McCarran?

—Es el único taxista de Gananoque y dueño de la gasolinera local —rió el taxista de Kingston—. Un poco excéntrico y bastante perezoso. Su hija Laura es una gran conductora y podría trabajar de taxista sin problemas, pero a él no le gusta, y la pobre chica se ve obligada a permanecer allí aburrida, cuando le encanta conducir el taxi paterno. Cosas de los viejos, supongo.

—Sea como sea, insisto en ir. Ya le he dicho que pagaré lo que sea necesario para salir en estos momentos. Ya me arreglaré luego para regresar, no tema nada por mí.

—Como me ha hablado de la casa del crimen...

—La... ¿qué? —preguntó rápidamente Stella con un parpadeo.

—Lake House. La casa donde se cometió aquel crimen hace años... ¿Es que no lo sabía?

—No, claro que no —fingió absoluta ignorancia la joven—. ¿Cómo fue ese crimen?

El taxista suspiró, moviendo la cabeza, mientras acababa de bruñir en su garaje el viejo Chevrolet color verde hierba.

—Con un hacha —informó—. Partieron en dos la cabeza de una mujer...

—Un hacha...

—Sí, fue un crimen horrible. No se habló de otra cosa en la región durante varios meses. Vinieron periodistas de Quebec, de Montreal, incluso de Estados Unidos —asintió el taxista, mientras su vehículo rodaba a buena velocidad por la carretera cubierta de hielo, nieve y barro a partes iguales, aunque con las máximas precauciones para no deslizarse peligrosamente sobre tan resbaladizo suelo.

—¿Quién fue la víctima?

—Una hermosa mujer, Saddy Logan. Joven y muy bella. Parece mentira cómo puede haber gente que pueda causar daño a una dama así.

—¿Y el asesino?

—Un joven extraño que parecía incapaz de nada brutal ni violento. Pero uno se equivoca en estas cosas. Cuando acusaron del asesinato a Christian Prentiss, me quedé realmente de una pieza, puede creerme.

—¿Le conocía usted? —se interesó Stella, inclinándose hacia adelante en su asiento del compartimiento posterior del taxi.

—¿Y quién no en estas regiones? Christian Prentiss era un conocido político local que estaba a punto de conseguir un puesto importante en Ottawa representando a esta región. Compartía sus actividades políticas con los deportes y la caza, sus dos grandes aficiones. Para todos fue una sorpresa enorme descubrir que era capaz de utilizar un hacha contra una mujer, asesinándola.

—¿Confesó él su culpa?

—Claro. En cuanto le arrestaron, como sospechoso, se delató a sí mismo y acabó confesando de inmediato. Fue un golpe para todos nosotros, la verdad. Luego, durante el proceso, se descubrieron facetas ignoradas de él. Su abogado logró que un equipo de psiquiatras le declarasen mentalmente enfermo. Se salvó de la prisión perpetua gracias a eso. Hoy en día se halla recluido de por vida en un centro psiquiátrico del Estado, y el viejo crimen ya se olvidó. Pero esa casa, Lake House, no ha vuelto a ser jamás habitada. McKenzie la puso en venta, pero dudo que nunca logre venderla.

—¿McKenzie?

—Era el mejor amigo del joven Prentiss. Y amante de la víctima, por añadidura. Estaba ausente de aquí cuando sucedió todo. A su regreso, optó por cerrar la mansión y ponerla en venta. Le impresionó mucho la tragedia. Ralph McKenzie es un hombre rico y puede permitirse el lujo de cerrar una casa como ésa e intentar deshacerse de ella al precio que sea.

—Comprendo. ¿Es también joven, como el asesino?

—No, no. McKenzie es un hombre maduro, casi cincuentón. Apoyaba a Prentiss en su campaña, moral y económicamente. Fue de los más afectados por el suceso, ya que su esposa llegó a enterarse de muchas cosas que ignoraba, como sus relaciones íntimas con la bella dama asesinada, y eso convirtió el matrimonio en una pareja mucho más distanciada desde entonces, pese a que siguieron juntos.

—De modo que había una señora McKenzie... —Stella seguía sonsacando al parlanchín taxista con auténtica habilidad.

—Por supuesto. Y tan bella como la mujer asesinada, si no más. Mirna McKenzie es una dama tan hermosa como distinguida. Toda una señora, diría yo. Pero ya sabe lo que somos los hombres —rió, guiñando un ojo por el retrovisor y dirigiendo una instintiva mirada

a las cruzadas piernas—. Siempre andamos buscando fuera algo distinto...

—Sí, ya lo sé... —Stella Graham meditó en silencio, la mirada perdida en el paisaje nevado que desfilaba ante sus ojos a través de las ventanillas del vehículo—. Y de eso ya hace cuatro largos años...

—Así es. Hoy en día, la gente lo ha olvidado ya por completo. Suceden tantas cosas en el mundo... Espero que no le diga a nadie que le referí todo eso, especialmente a la oficina encargada de la venta de la casa. Dirían que le ahuyento posibles clientes.

—No se preocupe. Nadie sabrá nada por mí —sonrió Stella—. ¿Confesó el tal McKenzie los motivos exactos de su crimen?

—Dijo que era un crimen pasional, pero no parecía cierto. Fue un asesinato de tipo psíquico. Creo que el tal Prentiss resultó ser un psicópata peligroso. ¡Fíjese, y estuvo a punto de representarnos a todos en el Gobierno!

—Sí, hubiera sido realmente terrible. ¿Sabe dónde ocurrió todo exactamente? Me refiero al lugar de la casa donde mataron a aquella pobre mujer...

—Arriba, en la segunda planta —explicó el locuaz taxista—. Creo que en el estudio donde el dueño, McKenzie, acostumbraba a hacer posar a sus modelos...

—¿Modelos? —Enarcó Stella las cejas—. ¿Es pintor acaso?

—Escultor. Sí, allí posaban todas. Se decía que desnudas. Y que las esculturas resultaban más obscenas que artísticas. También Saddy Logan posó para él. Era modelo profesional, según creo. Y tenía todo un tipo, señorita, sin desmerecerla a usted, ciertamente.

—Muy amable —comentó Stella, irónica, sin poder disimular una sonrisa divertida—. ¿Dónde estaba ese estudio? Me refiero a su emplazamiento en el piso alto... Si adquiero esa finca, me gustaría saberlo... y tal vez los vendedores no gusten de satisfacer mi curiosidad en ese punto.

—Eso, seguro —rió el taxista con buen humor—. No estoy seguro del todo, pero creo que era la habitación que hacía esquina al final de la fachada, en dirección oeste. No sé si me explico...

—Sí, se explica muy bien —asintió ella, dominando un estremecimiento. Mentalmente se situó en aquel instante en que viera la escena del crimen. Era, sin duda, la misma habitación iluminada donde aparecieran las dos siluetas humanas. Tras un

silencio, pareció cambiar bruscamente de tema—: Supongo que esa casa, pese a tan trágicas historias, no tendrá fama de albergar fantasmas o algo parecido...

—¿Fantasmas? —El taxista soltó una jovial carcajada—. Cielos, claro que no, señorita. No estamos en Escocia ni en el siglo pasado. Esa casa tiene un pasado tenebroso y una fama pésima, pero eso es todo. Nadie ha visto en ella jamás nada que se salga de lo normal. Le aseguro que no encontrará aparecidos en sus habitaciones, si se refiere a eso. Ni tan siquiera la menor huella del viejo suceso. Ralph McKenzie hizo limpiar y cambiar todo antes de cerrar la mansión. Ya no debe quedar nada de entonces...

Stella asintió con la cabeza, sin añadir palabra. El taxi de Kingston siguió rodando por la nevada ruta, hacia la casa donde la madrugada anterior ella viera o creyera ver la repetición de un crimen cometido hacía ya cuatro años.

¿Parapsicología, alucinación... o terrible e inexplicable realidad repetida?

Ésa era la gran incógnita por el momento.

Y ella estaba decidida a despejarla, fuese como fuese.

Quizá, incluso, corriendo un riesgo que su instinto presentía en todo aquello. Pero no bastaba para echarla atrás en su decisión.

CAPÍTULO IV

Laura McCarran sacudió su pelirroja cabeza con énfasis, tras estudiar críticamente a su visita, mientras repostaba gasolina al taxi de Kingston.

—No, me temo que no pueda contar con ese taxi, señorita —manifestó—. Por mi parte, lo haría gustosa, pero mi padre no me permite conducirlo cuando hay mal tiempo. Y él está ahora en cama con gripe. Tendrá que quedarse, al menos por esta noche, en Gananoka, si este hombre regresa ahora a Kingston.

—¿No existe ningún otro coche de alquiler en Gananoka? —se interesó Stella.

—Hay uno, el de Angus Hanfiel, pero está ausente y no volverá hasta pasado mañana. Tuvo que ir a resolver unos asuntos a Toronto y eso le llevará dos o tres días. Ha tenido mala suerte, créame.

—Sí, ya lo veo. Supongo que, cuando menos, habrá alojamiento en esta población...

—Por supuesto. Puede elegir entre el motel y la fonda local. El motel es más moderno y confortable, pero en la fonda sirven mejor comida. De modo que la elección es cosa suya.

—Creo que elegiré la fonda, después de todo —suspiró la joven—. Gracias por atenderme, señorita McCarran.

—Oh, de nada. Lo que lamento es no poder ayudarla —sonrió la pelirroja vestida con pantalones vaqueros, camisa a cuadros, de franela, y un gorro de béisbol color azul, con una marca comercial de lubricantes, sobre los rojos cabellos cortados como los de un chico. Todo en ella era masculino y desenfadado—. Pero usted no conoce a mi padre. Es inflexible en sus decisiones. Si utilizara su coche, sería capaz de echarme de casa para siempre. No permite que sus órdenes se contravengan por nada del mundo. Es un digno cabezota de sangre escocesa, aunque haya nacido en el Canadá.

—Bien, la dejo —Stella le tendió la mano amistosamente, y ella se la estrechó vigorosamente, como si fuese un hombre—. Seguramente nos veremos de nuevo por aquí, señorita McCarran.

—Si se queda, seguro —rió la muchacha, cobrando el servicio al taxista—. Esto es muy pequeño. Y no me llame así en lo sucesivo. Mi nombre es Laura, y me gusta.

—De acuerdo, Laura. Buenas tardes.

—Buenas tardes. Pásese primero por la fonda para inscribirse, será mejor.

Asintió Stella, regresando al taxi, que ahora rodó por el centro de la pequeña población nevada, para detenerse ante un edificio de ladrillos rojos, en cuya fachada se podía leer un discreto rótulo indicador de su negocio:

Fonda de París.
Habitaciones y comidas.
Cocina francesa.

La propietaria resultó ser una gruesa dama de fuerte acento francés, que acogió cortésmente a Stella, registró su nombre, cobró por anticipado, y le anunció que la cena se servía entre ocho y diez. Stella regresó de nuevo al taxi de Kingston, e indicó al chófer:

—Ahora todo está arreglado. Vamos a esa casa, pronto. Dentro de una hora, todo lo más, comenzará a oscurecer. Y no me gustaría que me sorprendiera allí la noche.

—¿No va a pasar primero por la agencia inmobiliaria para pedir las llaves y que alguien la acompañe a visitar la casa por dentro? —se sorprendió el taxista.

—No. Mañana lo haré, en todo caso. Ahora me bastará con echar una ojeada y ver los alrededores. Si puedo asomar la nariz sin que se entere nadie aún, tanto mejor. Así mañana ya tendré cierta información antes de que el agente vendedor trate de convencerme con propaganda fácil.

—Como quiera —se encogió de hombros el taxista, mirándola perplejo—. Es usted una joven muy rara, señorita, si me permite decírselo.

—Lo sé —sonrió ella—. Me gusta hacer las cosas a mi manera.

—Ya —se limitó a decir el conductor, conduciendo hacia la

carretera nuevamente. Y ya no despegó los labios hasta que avistaron el sombrío contorno del edificio aislado en la campiña, allá, en medio del prado cubierto de nieve, con el fondo de coníferas festoneadas de blanco. Entonces redujo la marcha y anunció—: Ahí la tiene. Ésa es Lake House, señorita.

Ella asintió, con un leve estremecimiento. Miró fijamente la sólida estructura rematada por el tejado de pizarra gris del que colgaban heladas agujas a guisa de estalactitas cristalinas. La nieve se apelotonaba en cornisas y salientes. Sólo lo acentuado de la pendiente del tejado, impedía que también se acumulara en éste, haciendo peligrar su solidez. La casa estaba construida para soportar climas como aquél.

—Muy bien —asintió la joven, abriendo su bolso—. ¿Cuánto le debo?

El taxista se lo dijo. Ella le dio el importe, con una generosa propina. El hombre vaciló, antes de guardar el dinero y miró su reloj, impaciente.

—Ya llegaré algo retrasado a mi cita con el otro cliente, pero podría esperarla un corto espacio de tiempo, si le bastara para su exploración. Digamos cinco o seis minutos...

—No, gracias —rechazó ella con una sonrisa—. Necesitaré algo más de tiempo para ver todo esto, se lo aseguro. Puede irse tranquilo, ya ve que no hay nadie por aquí.

—Precisamente eso es lo que me preocupa, señorita. Es una zona muy solitaria, para que una mujer se quede sola en ella... y más aún si oscurece.

—Le aseguro que recorrer por el arcén de esa carretera poco más de una milla no será ningún problema para mí, ni siquiera de noche —le calmó Stella—. No vaya a perder su cliente. Puede volver a Kingston. Y agradecida por toda su ayuda.

Vaciló el taxista un momento, acabó llevándose una mano a la gorra, y entró en el vehículo. Un momento después, éste se alejaba por la ruta. Una vez sola, Stella no pudo evitar un escalofrío. Se protegió cruzando ambos brazos ante su pecho, y miró críticamente en torno.

Sabía que el taxista tenía razón. Y eso que ignoraba lo que ella había visto o creído ver aquella noche antes, en la misma casa que ahora tenía ante sí.

Clavó sus ojos preocupados en las ventanas. La luz mortecina de los últimos minutos de luz diurna velada por las grises nubes, se reflejó en los vidrios de las ventanas. Algunas estaban agrietadas o rotas. Pero todas ellas mostraban la solidez de las contraventanas de madera, herméticamente cerradas. Incluso la ventana donde viera las siluetas de la tragedia.

Trató de evocar aquel momento, con los ojos fijos en la ventana, caminando despacio hacia la casa. La nieve crujía bajo sus botas con áspera sequedad. El frío era intenso.

La luz, la silueta femenina, la del hombre, el hacha, el ademán agresor, el golpe, momentos después del mudo grito adivinado por el movimiento de la boca de ella...

Apretó los labios. Volvió a mirar en torno. El paisaje desolado y blanco ofrecía un aspecto tétrico e inquietante. Cualquier cosa parecía posible que sucediera allí.

Y ella estaba ahora sola. A poca distancia del anochecer.

No sabía por qué había obrado así, por qué se arriesgaba tanto por un asunto que no la concernía. Pero ya era tarde para retroceder. Estaba allí, y eso era lo que importaba.

Llegó a la puerta de la tapia. Era de hierro forjado, y aparecía oxidada, cubierta de orín bajo los festones de nieve y hielo. Hierba silvestre había crecido abundantemente, enredándose en su parte inferior. Miró a través de los barrotes, al desolado jardín. Al menos llevaba aquellos cuatro años sin la menor atención. Las flores que crecían en él eran puramente silvestres también, entre brozas y una maraña de ramajes y plantas. Algunas trepadoras se adherían a los muros oscuros, como reptiles de color verde oscuro, inmóviles contra la pared. Todo tenía allí un aire entre sombrío y descuidado. Recordaba la vieja casona de fantasmas de los relatos infantiles, pensó Stella Graham probando a abrir la puerta enrejada.

Resultó más fácil de lo que imaginara. No estaba asegurada con candado ni cadena, quizá porque en realidad no había nada que proteger allí dentro. Aunque chirrió larga y lastimosamente, acabó cediendo con lentitud, enredándose en las hierbas y ramitas que se enroscaban a sus arabescos de negro hierro oxidado.

Le bastó con una breve rendija para penetrar en el jardín. Sus botas se hundieron en la blanca nieve esponjosa, acumulada allí tras las últimas precipitaciones. Caminó con cierta dificultad hacia la

casa, sin ver en el blanco elemento señal alguna de las huellas que pudieran haber dejado el sargento Kirk y el cabo Preston en el suelo. Sin duda la última nevada se había encargado de borrarlas totalmente.

La puerta de la casa estaba cerrada sólidamente. Era difícil intentar nada con ella, a menos que se utilizara una llave maestra o un explosivo, y ninguna de ambas cosas formaba parte del reducido equipaje de Stella en su bolso.

Miró arriba, encima justo de su cabeza, a la izquierda. Allí estaba la ventana trágica, la de la horrible escena.

Con su postigo ajustado, parecía imposible que hubiera podido ver realmente nada, sólo unas horas antes. A menos que la contraventana se hubiera cerrado después del crimen.

Tras forcejear inútilmente con la puerta, se dispuso a rodear la casa. La luz del día se iba amortiguando velozmente. Un aire seco y helado comenzaba a soplar en el paraje. De vez en cuando, un rápido automóvil desfilaba por la carretera, alejándose en una u otra dirección.

Stella volvió la esquina, pegada al muro de la casa. Por más que revisaba, todas las ventanas aparecían aseguradas contra cualquier intrusión del exterior. Comenzó a sentirse decepcionada. Había hecho un viaje en vano. La casa no le revelaba absolutamente nada.

Llegó a la parte trasera de la edificación. Allí el jardín todavía mostraba un aspecto más hosco y sin cultivar. La maraña de hojarasca y ramajes hirieron sus piernas, por encima de las botas, aunque no lograron echarla atrás. Prosiguió su inspección a toda costa, sintiendo dolor de los rasguños que sangraban en sus pantorrillas.

Su tenacidad, súbitamente, se vio compensada. Los claros ojos de la joven se clavaron con repentina sorpresa en un punto.

Una ventana no tenía los postigos de madera encajados. Y era una ventana baja, con los vidrios agrietados y polvorientos. ¿Era posible que la policía no hubiera advertido eso en su inspección ocular del escenario del supuesto crimen?

Intrigada y con cierto temor, Stella Graham avanzó decididamente hacia la ventana. Le bastó apoyar sus manos enguantadas en la vidriera rota. Ésta cedió, cayendo al interior un gran trozo de vidrio, que se hizo añicos en el suelo, con seco

estrépito.

Se detuvo Stella, sintiendo galopar el corazón dentro de su pecho. Pero no se oyó nada más, salvo el silbido de una ráfaga de aire glacial, que agitó sus cabellos.

Si había alguien dentro de la casa, tal vez pensara que ese viento era el que había derribado un vidrio roto, pensó ella esperanzada, aunque no le gustaba la idea de imaginarse a nadie dentro del edificio en estos momentos.

Alargó el brazo por el hueco, tras unos segundos de espera. Hizo girar el pestillo. La ventana cedió. Stella asomó a ella, escudriñando el oscuro interior. Era una estancia amplia, polvorienta y sin muebles, con excepción de un viejo cortinaje colgado junto a una puerta, y un espejo que aparecía ladeado sobre el muro desconchado y cubierto de manchas de humedad.

Respiró hondo. Ciertamente, aquello tenía todas las trazas de ser una casa abandonada desde hacía muchos años. Ni la menor señal de habitantes por parte alguna.

Se decidió. Después de todo, para eso había llegado hasta allí. Saltó al interior decidida. Sus botas dejaron señales húmedas de nieve y agua en el polvo del suelo, formando un barrillo oscuro. Lo contempló, pensativa.

—Si alguien hubiera pisando aquí dentro anoche, hubiesen quedado también huellas así —comentó entre dientes, hablando consigo misma—. Y el sargento Kirk dijo que no había nada... No puedo entenderlo.

Se movió, cruzando la sala, que no le ofrecía el menor interés, con sus muros desnudos, en los que rebotaban huecamente las pisadas de sus botas. Se acercó a la puerta situada tras el cortinaje. Al tocar éste con sus dedos enguantados, el polvo se levantó, acre, y la tela se desgarró, totalmente podrida. Se apartó con un instintivo gesto de asco, como si el cortinaje fuese un cadáver en estado de descomposición.

Abrió la puerta cautelosamente, aunque no pudo evitar que sus bisagras chirriasen de forma desagradable, a causa del óxido. Un pasillo oscuro, sin ventanas, apareció ante ella. Un fuerte olor a humedad y abandono flotaba en el ambiente.

No llevaba consigo lámpara alguna. Sólo un encendedor y un par de carteritas de fósforos publicitarios. Decidió usar estos últimos

para no agotar el gas de su encendedor, por si lo necesitaba más tarde. Prendió un fósforo. Una débil llama osciló, prestando una vaga claridad al pasillo.

Éste era largo y se doblaba a su derecha, en un recodo del que también pendía otro viejo cortinaje oscuro, tan podrido y polvoriento como el anterior. Ni un cuadro, ni un mueble, ni un adorno, quedaba en la destartada finca, extraña y ominosamente vacía.

Avanzó unos pasos por el corredor hasta el recodo. Allí sí descubrió una luz al fondo, procedente de unas rendijas de ventana, levísima y casi inexistente ya. Estaba cayendo la noche con rapidez. La luz del fósforo le reveló la presencia de una escalera ascendente. El corazón la golpeó con fuerza. La angustia prestó una rara sequedad a su garganta.

La escalera...

Y arriba, el piso alto. La habitación de la muerte, quizá el estudio del escultor Prentiss, ahora internado por psicópata homicida.

Aun así, se movió hacia la escalera. Siempre había sido una muchacha valerosa y decidida, pero ahora estaba sorprendiéndose a sí misma. Algo que no era su voluntad parecía moverla por el interior de aquella mansión tenebrosa. Se preguntó si el influjo de los muertos existía realmente y podía empujar a los seres vivos a acciones que en circunstancias normales jamás realizaría.

Fuese como fuese, alcanzó el pie de la amplia escalera. Miró hacia arriba, con temor y preocupación, empezando a dudar si seguir adelante o volver por donde había entrado, dando por terminada su osada aventura.

Otra vez, la curiosidad pudo más que su cautela o temor. Y siguió adelante.

Comenzó a subir la escalera. Peldaño a peldaño, muy despacio. Procurando no hacer el más leve ruido. Sus botas crujían levemente al pisar los escalones de mármol. Eso era todo, pero en el tétrico silencio de aquella casa, hasta el más leve roce parecía un estruendo. Su propio corazón daba la impresión de martillear ruidosamente, extendiendo sus sordas palpitaciones por toda la casa.

Alcanzó la planta superior. Miró a ambos lados para orientarse,

ya en total oscuridad. Encendió otro fósforo. Descubrió tres puertas a cada lado del pasillo que formaba el piso alto. Se movió hacia el ala oeste sin vacilar. Una, dos, tres puertas.

La tercera. Era su objetivo. La meta de su búsqueda.

Correspondía a la habitación del crimen. El estudio de Prentiss. El escenario de la terrible escena de sombras chinescas del horror, la madrugada antes.

Alargó una mano temblorosa hacia el pomo de la puerta.

Lo hizo girar, muy despacio. Otra vez el chirrido de las bisagras se elevó, irritante, perdiéndose en ecos difusos, allá en la casa vacía, a sus espaldas. Contuvo el aliento.

Abrió del todo, justo cuando se apagaba su fósforo. Con mano insegura, trató de desprender otro y encenderlo, para escudriñar el interior de la misteriosa habitación.

No llegó a hacerlo.

En ese preciso momento, ante ella se encendió una potente lámpara eléctrica, que la bañó de luz, procedente del interior de la estancia.

Y el suelo fue pisado por un calzado que crujía desagradablemente, moviéndose hacia ella.

Stella Graham lanzó un grito agudo, terrible, que se difundió por toda la casa vacía, dando media vuelta y echando a correr como una desesperada.

El portador de la lámpara, se lanzó en pos de ella sin pronunciar palabra. La luz siguió iluminándola, proyectando una enorme sombra en el muro, y oyó a sus espaldas el ronco jadeo de una respiración agitada.

Ahora, sí. Ahora, Stella Graham sabía lo que era el terror.

CAPÍTULO V

No supo cómo bajaba las escaleras, pero sin duda se tragaba los peldaños de tres en tres. Pero eso no la despegaba de su perseguidor. Le oyó correr tras de ella, siempre sin emitir otro sonido que no fuese el de su propia respiración jadeante. Los pies resonaban en el pavimento de la casa como un martilleo sordo y amenazador, cada vez más cercano pese a sus esfuerzos desesperados por huir.

Agobiada por el pánico, sabía que terminaría por capturarla, por caer en manos de su desconocido perseguidor, el hombre que había surgido de la habitación del crimen tan inesperadamente. Y eso era lo que más la aterrorizaba.

¿Sería ella la tercera víctima del hacha asesina de Lake House?

Esa idea alucinante, estremecedora, era la que en esos momentos machacaba obsesivamente su cerebro y la que prestaba alas a sus pies en tan desesperada fuga.

Justamente en el último peldaño, tropezó en algo. Su pie izquierdo se enredó en alguna cosa blanda, posiblemente alguna prenda o trozo de tela desprendido de un viejo cortinaje. Y perdió el equilibrio.

Al caer de bruces en el pavimento cubierto de polvo, supo que eso significaba su perdición segura. Las pisadas descendían la escalera. Se aproximaban a ella.

Alzó los ojos, aterrada. Apenas si pudo vislumbrar, al reflejo de la lámpara encendida en manos de su perseguidor, la sombra agrandada de los pies del anónimo ser, ya próximo a ella. Su jadeo le resultaba tan inquietante como amenazador.

Gritó de nuevo. El suyo fue un grito como el que lanzara en el autobús cuando se enfrentó al crimen en la casa abandonada. En él expresaba angustia, terror, impotencia, sobresalto. La vieja casona se lo devolvió con ecos vacíos y desoladores.

El hombre se paró cerca de ella, sus pies apoyados firmemente en el suelo. La luz de la lámpara se proyectaba sobre ella crudamente, impidiéndole ver el rostro, el resto de la figura humana, envuelta en la sombra tras aquel chorro luminoso que la bañaba resplandeciente.

El jadeo se hizo ronco. El hombre empezó a inclinarse sobre ella. Tembló, convulsa, preguntándose si en su otra mano empuñaría acaso un hacha afilada...

Y en ese momento, una puerta crujió en otro punto de la planta baja. Una sombra humana cruzó con rapidez ante la luz. El dueño de ésta soltó una imprecación. Luego, se olvidó de ella para encararse con el nuevo personaje que intervenía en la escena.

Aturdida, Stella levantó más aún la cabeza, tratando de escudriñar lo que sucedía en las tinieblas. Hubo algún choque entre ambos desconocidos. La linterna rodó por el suelo, golpeando con sonido metálico las baldosas cubiertas de polvo, y haciendo bailotear el chorro de luz de pared en pared, en danza constante. Las sombras de los desconocidos formaron una especie de *ballet* fantasmagórico en las altas paredes y el techo abovedado.

Sonaron voces sordas, abruptas. Hubo un choque áspero. Finalmente, una de las figuras emprendió carrera, alejándose, tras caer la otra a tierra pesadamente. Stella se puso en pie, vacilante, oyendo un golpetazo al cerrarse alguna puerta. Los pasos del fugitivo se perdieron en la distancia.

Trémula, asustada, permaneció quieta, mirando hacia donde la luz de la caída linterna revelaba la presencia de un cuerpo humano tendido boca abajo. Ignoraba quién era aquel hombre, qué había sucedido exactamente y qué podía suceder, sobre todo, en los momentos siguientes.

Dio unos pasos temerosos, alejándose del caído, mientras éste se movía, con una queja ahogada entre dientes. Cuando iba a echar a correr de nuevo, para abandonar la casa, le sorprendió enormemente la voz del desconocido, interpellándola:

—No, por favor, no se vaya. No tenga miedo, señorita Graham...

Se quedó paralizada por el asombro. Miró al hombre que iba incorporándose también.

—Me conoce... —jadeó ella—. Ha dicho mi nombre...

—Claro. ¿No me conoce usted también? —suspiró el otro—. Soy

su compañero de viaje, Paul Laverne... y sólo trataba de ayudarla contra ese hombre que intentó atacarla hace poco...

La lámpara recorrió las paredes y techo de la habitación trágica. Se detuvo un par de veces en dos interruptores de luz y en los cables del tendido eléctrico interior. Todo estaba desconectado y averiado. Ninguna luz eléctrica podía brillar allí con el estado de la instalación. El sargento Kirk había tenido razón.

—Bueno, aquí tiene la famosa estancia donde usted asegura que vio morir a una mujer. Como ve, no hay nada especial en ella...

Stella Graham asintió, contemplando la vacía habitación, donde excepcionalmente había quedado algo más que los desnudos muros. Ella observó el taburete arrinconado, así como un busto en arcilla, incompleto, situado sobre el mismo.

Era un busto de mujer. Estaba sin terminar aún, pero el rostro sí había sido concluido, y era realmente una hermosa faz, de facciones suaves, forma ovalada, cabello ondulado y ojos grandes y rasgados. No descubrió, en la sombra que el perfil dibujó en la pared, al ser alumbrada por la linterna, semejanza alguna con la mujer a quien viera atacada por el hombre del hacha en la ventana empañada.

—¿Quién será ella? —preguntó.

—No puedo saberlo. Me dijeron que el hombre que una vez mató aquí a una mujer era escultor...

—De modo que conoce la historia también.

—Claro —sonrió Laverne, mirándola mientras sostenía la linterna enfocada sobre el busto de arcilla—. Es lo primero que me contaron cuando me interesé por esta casa.

—Puede que ese busto pertenezca a la mujer que mataron.

—¿Cuál? ¿La de hace años... o la que usted vio anoche? —Fue la pregunta del hombre de Quebec.

—¿Es que ya cree en mi historia? —se sorprendió ella.

—¿Qué cree, entonces, que hago aquí ahora? Por alguna razón me quedé en Kingston, lo mismo que usted.

—No podía saber que lo hacía. Imaginé que se iba con el autobús hacia Toronto...

—Bajé apenas vi que usted se quedaba. Me preocupó su suerte. Y veo que no estuve equivocado.

—Su llegada aquí ha sido muy oportuna, lo confieso. Aún no sé quién era ese hombre que venía tras de mí, pero sus intenciones no

podían ser demasiado buenas...

—A mí, cuando menos, me pegó un buen golpe —se quejó el joven, riendo, al tiempo que se tocaba el mentón, todavía dolorido—. Es un tipo fuerte y decidido, de eso no hay duda.

—¿No pudo verle el rostro?

—No, en absoluto. La luz de esta linterna me deslumbraba. Lo siento.

—La verdad es que tampoco yo llegué a verle. Imagino que eso ya no tiene remedio, de modo que no nos lamentemos. Le agradezco su intervención. ¿Cómo supo que yo estaba aquí?

—No era difícil suponerlo. ¿Dónde iba a estar, si no, tras quedarse en Kingston de repente? Cuando la oí gritar, reconocí su voz. Era el mismo grito que oí en el coche. ¿Por qué se ha arriesgado tanto al venir aquí sola, a estas horas de la tarde? Cuando dejé la moto ahí fuera, ya era noche cerrada...

—¿De modo que utilizó una motocicleta? —sonrió ella.

—Sí. Es más barato alquilar una que un automóvil. Y como es tan difícil encontrar taxis en esta región...

—Dígamelo a mí —suspiró Stella Graham—. Aunque todo estaba en contra, tenía que venir a revisar todo esto. Se trata de mi propia confianza en mí misma, Laverne. He llegado a dudar si vi lo que creí ver o todo fue una alucinación...

—Realmente, aquí no hay muchas pruebas en uno u otro sentido. Pudo haber sucedido. O puede que no. Esa ventana está con postigos cerrados. No hay luz eléctrica en la casa. Y sólo tenemos ahí un busto de mujer en arcilla, que el autor no llegó a terminar. Poca cosa, ¿no?

—Sin duda. Supongo que esa mujer fue la víctima del primer crimen, el de hace cuatro años... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí... Saddle. Saddle Logan, modelo profesional. Aún no sé si su asesino, Christian Prentiss, la mató por amor, por odio... o por simple neurosis criminal.

—¿Por qué le preocupa tanto este asunto, señorita Graham? No le afecta. Usted ni siquiera es canadiense. Y no está totalmente segura de lo que vio, lo acaba de reconocer...

—Tengo motivos para dudar de mí misma. Vea ese suelo, Laverne. No ha pisado nadie, salvo el que estaba hace poco aquí. Se ven sus huellas. Eran zapatos grandes, de suela de goma estriada.

Pude verlo desde el suelo. Y esas pisadas corresponden a su calzado. Pero no hay más. De haber estado anoche aquí dos personas, y haberse cometido un crimen con un hacha, habría señales, huellas, sangre... o cuando menos el suelo limpio de polvo, recién fregado... El sargento Kirk, de la Policía Montada en Kingston, me contó ya eso y casi no pude creerle.

—Lo sé. Hablé con el sargento Kirk después de quedarme en Kingston al igual que usted. Eso me desilusionó bastante y empecé a pensar que usted estaba un poco loca al persistir en su actitud.

—¿Y ahora qué piensa?

—No sé. Ese hombre aquí dentro, ha logrado desorientarme más aún. Claro que podría tratarse de un vulgar merodeador, un vagabundo que se metió aquí en la casa, pero...

—Sí, pero estaba casualmente en esta habitación cuando yo intenté entrar. Y atacarme no tenía mucho sentido. Además, ¿por dónde entró? Yo tuve que romper un vidrio y abrir una ventana en la parte de atrás...

—Que es por donde yo entré también —reconoció el joven, ceñudo—. Tal vez ese hombre tenía llaves de la entrada o cosa parecida. No vestía como un vagabundo, de eso sí estoy seguro. Toqué una chaqueta de *cheviot*, una gabardina cara, ropa buena en suma. Es lo único que pude apreciar de ese hombre con quien peleé con tan desastrosos resultados para mí. Se ve que el papel de héroe no me va.

—No diga eso —sonrió la joven—. Tal vez me salvó la vida con su comportamiento tan valeroso y decidido, Laverne.

—¿Nos vamos ya de aquí? —sugirió él, eludiendo hablar de ese tema—. Creo que ya poco tenemos que ver...

—Sí, pienso como usted —admitió ella, defraudada. Miró la ventana cerrada herméticamente, su propio perfil dibujado en la pared, al proyectar la linterna la sombra de su rostro. Frunció el ceño—. Espere. Yo...

—¿Sí? —La miró rápido él—. ¿Qué pasa?

—No... no sé —musitó ella—. Fue al ver mi silueta ahí. Recordé lo de anoche, las dos figuras en la ventana...

—¿Y...?

—No puedo centrarlo. Es una idea que me pasó por la mente. Algo inconcreto, ignoro el qué...

—Temo no entenderla.

—Lo siento. Yo tampoco lo entiendo muy bien, se lo confieso. Fue algo rápido, un chispazo que me vino a la mente. Pero no logro concretarlo. Tal vez no tenía importancia, después de todo.

—Bien, vámonos entonces —pidió Laverne, mirando incómodo a su alrededor—. Aquí poco tenemos ya que hacer a lo que veo, señorita Graham.

Ella asintió, dirigiéndose a la salida con su compañero. Los dos jóvenes dejaron atrás la habitación donde teóricamente había tenido lugar un sangriento crimen la noche anterior, pero en cuyo suelo no existía la menor señal de que hubiera sido pisada por nadie últimamente, salvo por el extraño merodeador de aquella tarde.

Cuando alcanzaron el exterior, la noche era oscura y cerrada, estaban cayendo leves copos de nieve y el aire era muy frío y fuerte en estos momentos, soplando a ráfagas.

Una pequeña motocicleta con matrícula local aparecía apoyada en la tapia del jardín, no lejos de la entrada. Se aproximaron a ella. Paul Laverne indicó suavemente:

—Espero que me permita llevarla a dónde resida ahora... La moto es pequeña, pero puede llevarnos a los dos.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento. Vivo en Gananoka, aunque tengo también reservada habitación en un hotel de Kingston. Dicen que sirven una excelente cena estilo francés, y la hora de comedor es entre ocho y diez. ¿Qué tal si cenamos juntos? Permítame invitarle, puesto que quizá le debo la vida.

—Acepto la invitación gustosamente —sonrió él, subiéndose a la motocicleta. Ella subió detrás, sujetándose a su cintura—. Espero que, durante la cena, me cuente con más detalle por qué diablos es tan obstinada en sus cosas.

—Yo también espero que me diga por qué se quedó en Kingston igual que yo —replicó ella cuando el vehículo de dos ruedas partía hacia la carretera.

—Oh, eso es sencillo —respondió él, cuando empezaban a rodar por la cinta de asfalto mojada por la nieve, que se acumulaba a montones en las cunetas—. Porque me he enamorado de usted, señorita Graham.

Y aceleró, sin añadir una palabra más.

CAPÍTULO VI

—Realmente, es una cena digna de un lugar muy distinto a éste —tuvo que confesar Paul Laverne cuando apartó el vacío plato de excelente filete en salsa con champiñones y zanahorias, que había seguido a un consomé delicioso y un pescado al horno insuperable, con aroma a hinojos. Tomó un sorbo de excelente vino tinto color rubí—. ¿Cómo descubrió este pequeño paraíso, señorita Graham?

—No es mérito mío —sonrió ella—. Un taxista de Kingston me lo recomendó, y una chica de la localidad, hija de un viejo taxista también, me corroboró las excelencias de la cocina de *madame*.

—Ahora me permitirá que la invite a un café con una copa de buen coñac francés, en el bar de al lado —sugirió Laverne—. Así podremos charlar en la sobremesa apaciblemente usted y yo.

—¿Acaso va a pedirme en matrimonio o cosa parecida, después de lo que me dijo antes en la carretera? —sugirió ella, risueña.

—¿Por qué no? ¿Quiere casarse conmigo? —indagó él prestamente.

—Por el amor de Dios, Laverne —se echó a reír ella de buen humor—. Si somos dos perfectos desconocidos... Ni sé nada de usted, ni usted lo sabe de mí...

—Eso importa poco. Soy soltero, tengo un trabajo bien remunerado y no creo que sea demasiado feo. Si no tiene novio en Detroit, puede pensárselo. Si lo tiene... elija entre los dos. Le concederé tiempo suficiente para ello.

—Es muy generoso —bromeó Stella—. Déjeme pensarlo, ¿quiere?

—De acuerdo. No insistiré por el momento, palabra.

—Buen chico. Ahora hablemos en serio. ¿Sólo se quedó en Kingston por eso?

—Palabra de honor. ¿No me cree?

—Me resulta difícil admitir que un perfecto desconocido

renuncie a seguir viaje por tratar de ayudarme en una cabezonería que se me ha ocurrido.

—Pues es cierto. Me gustó usted. Admito que dudé de su equilibrio mental al principio, cuando insistía en la historia de ese crimen. Luego, cuando tuvo el valor de ir a la policía, empecé a pensar que debía de sentirse muy segura de sí misma. Y al ver que se quedaba, ya no dudé más. Quería ayudarla si se veía en dificultades.

—¿Y ahora qué piensa?

—No lo sé. Estoy confundido. Algo sucede, sin embargo. No creo que se inventara esa historia, ni tampoco que soñara o viera alucinaciones.

—¿Va a creermelo en este momento, tras comprobar por sí mismo que allí no había huella alguna de lo que yo creí ver?

—Ya ve lo que son las cosas: ahora es cuando más creo en usted, señorita Graham.

—Si vamos a casarnos un día, ¿por qué no me llama simplemente Stella? —dijo ella con ironía.

—Claro, qué tonto soy. Stella y Paul. Eso bastará entre dos futuros esposos —siguió él la broma—. Pues como le decía, ahora creo en su historia. No me pregunte por qué. No creo que sea porque usted me gusta, Stella. Es porque veo algo raro en todo esto.

—Raro, ¿en qué, exactamente?

—Verá... —Esperó un momento a que la doncella de la fonda pusiera en su mesa un postre consistente en un apetecible flan al ron, flambeado. Luego prosiguió, con expresión calculadora—: No sé lo que usted ha averiguado en las horas que lleva aquí. Pero yo he averiguado algunas cosas respecto a esa casa y al viejo crimen. Simple curiosidad por un lado, y luego interés por saber la historia del antiguo suceso criminal. ¿Sabe que el asesino de la modelo está internado en un centro psiquiátrico?

—Claro. Christian Prentiss, el hombre político de aficiones artísticas. Saddle Logan, la hermosa víctima, dicen que era amante de McKenzie, el dueño de la casa y amigo personal de Prentiss. Además, McKenzie tiene esposa. Una tenebrosa historia, ¿no?

—Así es. De todo eso me enteré yo también. Y de algo más. Saddle Logan, la víctima, tenía una hermana muy joven entonces, una muchachita, que ahora es actriz de cine y de televisión aquí en

Canadá, con posibilidades de pasar a Hollywood el año próximo. Se llama Lorna Logan y es de gran belleza. Y, cosa curiosa, un escritor norteamericano, un tal Wilburn Stark, ha sido visto últimamente por aquí.

—¿Y eso qué importa? —se interesó la muchacha, curiosamente.

—Mucho, quizá. Debería de saber que Wilburn Stark fue gran amigo también de Saddy Logan, la mujer asesinada. Curioso mosaico, ¿no le parece?

—¿Qué hace aquí ahora ese tal Stark? Hace cuatro años del crimen...

—Así es. Lo mismo se pregunta la gente de esta región, porque recuerdan bien a Stark y nunca regresó hasta días atrás a este lugar. También fue vista hace dos semanas en Kingston y en Brockville una mujer llamada Irish Morrow.

—¿Otro personaje del viejo drama, acaso?

—No, no exactamente. Es una periodista, sin embargo, buena amiga de Stark... porque ella escribió una serie de artículos sensacionalistas, una crónica de impacto por entonces, de los sucesos de Lake House, publicada por una importante cadena de diarios norteamericanos y canadienses.

—¿Y ella también ha venido? —Pestañeó Stella, perpleja—. ¿Por qué y para qué, Paul?

—Ah... Misterio —se encogió de hombros él—. Pero estuvo aquí solo hace quince días, estuvo haciendo preguntas y preguntas a la gente... y ya no han vuelto a verla más, si bien se supone que anda por estos alrededores con sus pesquisas.

—¿Sabe qué clase de preguntas hacia esa periodista a la gente?

—Casi todas ellas acerca de Christian Prentiss. Dicen... dicen que daba a entender con ellas que dudaba muy mucho de su culpabilidad y de que el caso se hubiera cerrado realmente con aquel proceso a Prentiss...

—Vaya, eso sí es una sorpresa. ¿Qué tal si nos vamos al bar a tomar el café? De momento, pasaré de la copa de coñac. Este flan tenía demasiado ron...

—De acuerdo, Stella —Paul se puso en pie—. Vamos allá.

Las dos copas se mediaron de licor ambarino oscuro. Paul Laverne sonrió a Stella desde el otro lado de la mesa.

—Veo que se decidió finalmente a tomar ese coñac —comentó

risueño.

—Sí, es cierto —asintió ella—. Necesito ánimos, creo yo. Y además hace un frío endiablado ahí fuera. Pero en Detroit no es fácil encontrar coñac francés cuando hace un frío parecido a éste.

—Son las ventajas de que en este país haya dos grandes culturas diferentes. Aunque Ontario la posea sajona, siempre se filtra algo de los vecinos francófonos. El coñac es una de esas cosas. Por usted, Stella.

—Por los dos —respondió ella, alzando su copa panzuda y tomando un sorbo. Luego miró tristemente la calle, donde la nevada era cada vez más intensa, y el blanco lo dominaba absolutamente todo, resplandeciente por efecto de las luces del alumbrado público—. Me temo que esta noche, y con semejante clima, ya no pueda hacer nada.

—¿Hacer qué, exactamente? —Se intrigó él—. No pensará en regresar de nuevo a aquella horrible casa...

—Oh, no, claro que no —rechazó vivamente ella—. Es otra idea. Usted me la ha sugerido antes, sin darse cuenta.

—¿Yo?

—Así es. Mencionó una serie de personas que andan por aquí, y que han tenido, de un modo u otro, participación en el viejo crimen de la casa. ¿Por qué supone que, si realmente ha habido otro crimen anoche, pueda tener relación con el anterior y no tratarse de una simple coincidencia?

—No es una idea muy digna de ser tenida en cuenta. No acostumbran a darse casualidades así: la misma casa, la misma habitación, la misma arma homicida, una víctima femenina, un asesino masculino... ¿Y adónde nos conduce eso, según usted?

—A la posibilidad de que en esta ocasión uno de ellos pueda estar relacionado con el crimen.

—Supongamos que fuese así. ¿Cuál es su idea?

—Una muy simple: hablar con todos ellos. Y tratar de averiguar cuál de ellos puede ser el asesino, o cuál sabe algo que nos conduzca a la explicación del misterio.

Paul Laverne meneó la cabeza de un lado a otro y esbozó una sonrisa irónica.

—Ha leído muchas novelas policíacas —comentó—. Sigue obsesionada con la idea de ser usted quien descubra el misterio.

¿Por qué no recurre a la policía?

—¿Con qué nuevas evidencias? ¿Con el hecho de que entré ilícitamente en aquella casa, y alguien en la misma situación corrió tras de mí? Recuerde que ni siquiera llegó a atacarme, quizá porque usted intervino. Pero el hecho es que podrían decirme que se trataba de alguien que se refugió allí por el mal tiempo, y se asustó ante mi presencia.

—Eso es verdad. Yo mismo no podría afirmar otra cosa.

—¿Lo ves? No podemos hacer nada. La policía no iba a concederme más crédito ahora que antes, de eso estoy bien segura.

—Pero a usted no le atañe este asunto, Stella. Puede ser muy peligroso mezclarse en él. Si existe realmente un asesino y está aquí, no se sentirá demasiado feliz viéndola meter sus bonitas narices en el asunto.

—Muy amable por el cumplido. Pero eso es lo que pienso hacer. Ya he llegado demasiado lejos, de todos modos. Piense que si era el asesino quién visitaba de nuevo el escenario del crimen, ya me conoce sobradamente y podría atacarme igual, aunque me limitase a permanecer tranquilamente en esta población disfrutando de su envidiable clima —concluyó con sarcasmo.

—De modo que está decidida a continuar, como una heroína de novela barata.

—Sí.

—Muy bien —suspiró Laverne, resignado, apurando su *brandy*—. Tiene un aliado, Stella. Yo le ayudaré.

—¿Usted? —Pestañeó ella con sorpresa—. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Muy fácilmente: nos repartimos las tareas. Y para hacerla más sencilla, usted intentará hablar con las mujeres relacionadas con el asunto, mientras yo lo hago con los hombres, ¿qué le parece?

—Paul, ¿por qué va a hacer esto por mí? Usted mismo dijo que es arriesgado...

—¿Quiere que le repita lo que dije antes? No me gusta la idea de verla sola, en peligro. También yo me he metido en esto demasiado profundamente ya. No puedo salir de ello sin sentirme culpable de lo que pudiera usted sufrir en su obstinada aventura.

Stella le miró profundamente. Meditó en silencio unos momentos y al fin asintió:

—Está bien —aceptó—. Eso nos hará ir más deprisa. Usted puede hablar con Ralph McKenzie, el dueño de Lake House, con Wilburn Stark, el escritor. Yo, entretanto, intentaré entrevistarme con Lorna Logan, con la señora McKenzie... y a ser posible con esa periodista, Irish Morrow. ¿Qué tal el plan?

—Muy bien, al menos por el momento —sonrió él—. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana. Ya es muy tarde para intentar visitar a nadie. Pero podríamos interesarnos por los domicilios respectivos, y para eso creo que conozco a alguien en este lugar que puede darnos todos los detalles precisos.

—¿Quién?

—Una tal Laura McCarran, hija de un viejo de sangre escocesa, dueño del único taxi de esta ciudad, con excepción de otro que está ausente. Creo que antes de retirarme a descansar, iré a verla. No está muy lejos de aquí su casa. Viven encima de una gasolinera que ellos mismos explotan.

—De acuerdo. Entonces, vamos allá —propuso Paul, mirando la nota y dejando sobre la mesa un billete.

Se pusieron en pie, dirigiéndose a la salida del pequeño y confortable bar. Poco después, hundían sus pies en la nieve, cruzando el pueblo hacia la gasolinera de los McCarran.

—De modo que quieren ver a toda esa gente...

Laura McCarran se rascó sus cortos cabellos rojos, como un muchacho, mientras Stella asentía con la cabeza.

—Bueno, la cosa no es difícil, supongo —prosiguió la muchacha de la gasolinera, hundiendo sus manos en los bolsillos y apoyándose en el surtidor con indolencia—. Los McKenzie viven en la loma, junto al río. Es una casa roja rodeada de abetos. No tiene pérdida posible. En cuanto a Lorna Logan, esa actriz, supongo que habrá ido a alejarse donde lo hacía su hermana Saddie cuando vivía aquí.

—¿Y dónde es ese alojamiento? —se interesó Paul Laverne.

La hija de McCarran contempló al joven con una mezcla de interés y admiración femenina, a pesar de su aire varonil aparente. Respondió con sencillez:

—La señorita Agnes Cronyn tiene una casa a la salida del pueblo. Acostumbran a alquilar habitaciones a personas que se quedan aquí por algún tiempo, pero sólo si son mujeres solas y no le

crean problemas. Saddie Logan vivió allí bastante tiempo. Sus líos los debía hacer fuera, porque la señorita Cronyn, que es muy mojigata, nunca puso pegas a su estancia allí. Imagino que ahora su hermana habrá querido residir en el mismo sitio donde Saddie permaneció alojada durante su permanencia en Gananoka. Es en Pine Road, creo que el número veinte. Tampoco tiene pérdida.

—Ha sido muy amable —suspiró Stella—. Supongo que saber dónde se aloja ese escritor, Wilburn Stark, será bastante más complicado...

—Yo apostaría por el hotel de Kelly, en la carretera —sugirió Laura McCarran—. Es una posibilidad.

—Gracias por todos esos informes —sonrió Paul—. Nos ha ayudado mucho, señorita McCarran.

—Oh, no es nada, amigos —ella hizo un ademán con su mano—. Éste es un sitio muy aburrido. Me gusta hablar con forasteros, después de todo. Es un modo de romper la monotonía, aunque a mi padre no le guste demasiado. Por suerte, ahora duerme profundamente arriba. Los medicamentos y la gripe le han dejado muy decaído.

—Si le gusta hablar con la gente, seguramente habló en otros tiempos con personas como Saddie Logan o Christian Prentiss...

—Oh, por supuesto —rió la pelirroja—. Entonces era casi un crío. Sólo tenía dieciocho años y muchos pájaros en la cabeza. Y aunque Prentiss era un forastero, casi nos lo parecía a todos, puesto que pasaba largas temporadas en Quebec o en Ottawa, a causa de la política y todo eso. Además, era un artista por afición, y eso siempre seduce a las chicas. Creo que la mayor parte de las muchachas de Gananoka estábamos por entonces enamoradas del guapo y apuesto Christian Prentiss.

—¿Tuvo algún amor realmente en serio el tal Prentiss?

—Que yo sepa, solamente Saddie Logan. Pero por entonces, ella era ya la amante de Ralph McKenzie, todos lo sabíamos en el pueblo. No se puede decir que la chica tuviera menos escrúpulos en ese terreno. McKenzie la llevaba, al menos, veinte años de diferencia. Y es un tipo nada atractivo. En cambio, Prentiss...

—¿Le dolió mucho a usted, como admiradora suya, que fuese acusado del crimen?

—Claro. A todas nos dolió profundamente. Hicimos una colecta

las chicas para buscar un gran abogado que lo defendiera, pero la colecta resultó un fracaso. Además, él confesó enseguida su culpa. Eso nos decepcionó mucho. Le creíamos inocente.

Paul enarcó las cejas, mirando fijamente a la joven pelirroja.

—¿Por qué le creían ustedes inocente? —quiso saber.

—Oh, supongo que por la misma razón que si ahora le acusara a usted de asesinato —rió Laura McCarran, encogiéndose de hombros alegremente—. Porque era guapo, atractivo, joven y seductor... Como usted, amigo.

Paul sonrió, sin comentar nada. Irónica, Stella terció:

—No dirá que no tiene éxito con las chicas, Paul. Usted no se ponga celoso —se apresuró a decirle Laura, poniendo una mano en su brazo—. Aunque su amigo es un joven muy arrogante, no tiene nada que temer de mí. Ahora... bueno, ahora tengo mala fama en el pueblo. Dicen que me gustan las chicas. Y tal vez es verdad.

Era una sinceridad embarazosa la suya. Paul y Stella se miraron, indecisos. Al fin, Laura McCarran se echó a reír, y Stella no pudo evitar una sonrisa.

—No se lo tomen así —habló la chica del surtidor—. No es ningún delito, ¿no?

—Claro que no —convino Stella—. Es su espontaneidad lo que me asombra, Laura. Me encanta la gente que no se anda con rodeos ni mentiras.

—Entonces, no le gustaría McKenzie. Es un tipo que nunca dice la verdad o le da muchos rodeos a las cosas.

—Al que no conocerá, imagino, es a Wilburn Stark, el escritor...

—Le recuerdo muy bien —asintió ella—. Le vi un par de veces por aquí. Pocos días antes del crimen. Venía en busca de Saddle Logan para llevarla consigo. Eran amigos o lo habían sido, y parecía celoso. Tuvo una pelea con Prentiss en un bar. Cuando se marchó, parecía ir muy furioso. Un tipo desagradable y agresivo. No me gusta.

—Aún no nos ha dicho nada de Saddle Logan —apuntó Paul—. ¿Cómo era ella?

—Muy hermosa. Pero muy provocativa también. Parecía gustarle que los hombres la desnudaran con la mirada, y se pavoneaba ante ellos. Llevaba siempre faldas muy cortas y grandes escotes. Poseía unos senos espléndidos, envidiables... —Se tocó su

pecho, liso bajo la camisa de franela y los tirantes del mono de dril azul y provocó la sonrisa de Paul Laverne—. Casi siempre los llevaba libres de sujetador, marcándose en blusas muy finas, cuando no los dejaba ver casi totalmente con sus descotes. Ya sabe cómo son las gentes de pueblo. Los hombres se la comían con los ojos. Y las mujeres la odiaban, criticándola despiadadamente. Pero yo diría que, tras toda esa apariencia, se ocultaba una mujer muy desgraciada. Representaba un papel. Después de todo, era modelo y había venido aquí a pasar unas vacaciones. Sus romances con McKenzie y Prentiss prolongaron su estancia casi seis meses. Y finalmente... aquí se quedó para siempre. Pobre chica. Cuando supe que estaba muerta, sentí piedad de ella. Se la veía tan desvalida, tan rota y vencida...

En ese momento, la pelirroja muchacha con aspecto de mozalbete interrumpió su fácil verborrea, para girar la cabeza, atraída por la aproximación de un vehículo, cuyos faros bañaron en luz a sus dos interlocutores parados junto al surtidor de gasolina.

También Paul y Stella giraron sus miradas hacia aquel punto. El vehículo era un Land Rover color gris metálico, con una placa especial en sus puertas. El distintivo de la policía.

Se detuvo el coche junto al surtidor, y un hombre de uniforme, con chaqueta de piel y gorro de pieles completando el uniforme, descendió del mismo. Llevaba galones de cabo y revólver en su funda pistolera colgada del cinto.

—Buenas noches, cabo Denver —saludó Laura McCarran jovialmente—. ¿Algún servicio urgente?

—Me temo que sí, Laura —rezongó el policía—. Pon gasolina, por favor. Tengo que dar una larga ronda esta noche, maldita sea.

Miró inquisitivamente a la joven pareja, mientras Laura se dirigía a repostar el depósito del Land Rover policial. El policía montado preguntó:

—¿Van ustedes de paso o se alojan en el pueblo?

—De momento, nos alojamos aquí —sonrió Paul—. En la fonda.

—Menos mal —suspiró el agente, moviendo la cabeza—. Puede ser peligroso andar por estas carreteras hoy.

—¿Peligroso? —se sorprendió Stella—. ¿Por qué?

—Acaban de darme la noticia. Dentro de poco la darán también por radio y televisión, señorita —informó el policía—. Un loco

peligroso, un asesino, ha escapado del centro psiquiátrico donde estaba recluido de por vida... y se le ha visto recientemente por estos alrededores. Se llama Christian Prentiss y mató a machazos a una mujer, hace ya cuatro años, en este mismo lugar...

CAPÍTULO VII

—¿Por qué deseaba verme con tanta urgencia, señor? No son horas de visita, creo que debería comprenderlo.

—Lo siento, señor McKenzie. Tenía que hacerlo, a la vista de las circunstancias.

Paul contempló a su interlocutor en el suntuoso vestíbulo de la casa de la loma, asomada al río desde un macizo de abetos que hacían resaltar más aún el rojo de los ladrillos de su estructura, incluso en una noche oscura como ésta. Aunque esto fuese en parte gracias a la luminosidad lechosa de la densa nieve.

Ralph McKenzie encajaba perfectamente en la descripción que de él hiciera Laura McCarran. No muy alto, rechoncho, grueso hasta resultar seboso, escasos cabellos entre rubios y canosos, rostro rojizo y ancho, cuello flácido y adiposo, ojillos pequeños, muy azules y fríos y manos gordezuelas, en las que brillaban dos anillos, uno de oro macizo y el otro de platino con un brillante, repartidos en cada mano.

Vestido con una bata corta de lana ceñida a la cintura, parecía haber sido arrancado de una grata velada familiar, y su rostro reflejaba disgusto y contrariedad evidentes. Aunque le había recibido al insistir él en la urgencia de su visita, no se mostraba en absoluto cortés ni hospitalario.

—¿Qué circunstancias? —puntualizó McKenzie—. Usted y yo nos conocemos, señor... señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Laverne, Paul Laverne.

—Bien, señor Laverne, abrevie con la causa de su visita y déjeme regresar junto a mi esposa, se lo ruego. No es mucho el tiempo que hoy en día se puede dedicar al hogar cuando se tienen negocios como yo, y creo que deberá comprenderme...

—Le comprendo muy bien, señor McKenzie. No le entretendré ni un minuto más. Sólo deseo decirle dos cosas: la primera, que es

muy posible que anoche se cometiera un segundo asesinato en su casa abandonada, Lake House.

—¿Qué dice? —Se sobresaltó McKenzie, enrojeciendo de súbito.

—Y la segunda noticia, que escuchará en breve por televisión, que Christian Prentiss se ha escapado del manicomio donde estaba recluido, y se sabe que anda por aquí en estos momentos... Ahora, señor McKenzie, perdone mi visita, y buenas noches.

Se dirigió a la salida resueltamente. A sus espaldas hubo reacción. Una mano le aferró con energía casi desesperada el brazo, tras una breve carrera, y una voz jadeante le apremió:

—¡No, por favor! Espere... Espere, se lo ruego...

Giró Paul la cabeza. McKenzie ya no estaba congestionado, sino lívido. Sus ojos se mostraban vidriosos y tenía la boca desencajada.

—¿Sí, señor McKenzie? —indagó con suave ironía.

—No puede irse ahora. Me ha dicho... me ha dicho dos cosas imposibles... No puedo creer ninguna de ellas...

—Pues son ciertas. El cabo Denver está ahora buscando al evadido por toda la región, y ha pedido ayuda telefónica a otras patrullas de la Real Policía Montada. La noticia no puede tardar en aparecer en los boletines informativos, según nos dijo.

—Pero... pero eso puede ser terrible... Prentiss es un loco peligroso, un asesino... Puede volver para vengarse...

—¿Vengarse? —Paul enarcó las cejas—. ¿De quién, señor McKenzie? ¿De la policía, del juez que le condenó, del fiscal que le acusó?

—No, no. Podría querer vengarse... de mí.

Y la voz del propietario de la casa se convirtió en un hilillo tembloroso e inseguro. Paul le estudió casi con desprecio, aunque con evidente interés.

—¿De usted? ¿Por qué habría de hacerlo? Eran amigos, ¿no?

—Mire, no sé quién puede ser usted, señor Laverne, pero parece saber bastante de todo este asunto, Christian Prentiss y yo éramos amigos. Pero una mujer nos separó. Ella... fue amante de los dos.

—¿Saddie Logan?

Los ojillos azules le escudriñaron, apurados. La cabeza redonda asintió. Una película sudorosa daba brillo a su epidermis. La voz sonó apagada:

—Sí, claro —admitió—. Saddie... Era hermosísima,

arrebatadora. Y ese salvaje la asesinó bestialmente. No pude comprenderlo nunca. Parecía tan civilizado, tan exquisito... Político y artista, joven y ambicioso. Y de repente, se reveló que era un psicópata peligroso, un homicida violento. Ahora puede ocurrir todo. Yo... yo declararé para la acusación cuando se le procesó. Le atacué sin piedad. Él se limitó a mirarme, a sonreír desde el banquillo y decirme con extraña entonación: «No debiste hacer esto conmigo, Ralph. Éramos amigos. No importa Saddie ahora. Has roto esa bella amistad...». Me dio casi miedo entonces. Sentí un escalofrío. Luego, llegué a olvidarlo todo. Y ahora... Es como si el pasado volviera, con toda su horrible carga de temores, de inquietudes, de oscuros miedos... ¿Dice que ha habido otra... otra muerte violenta en Lake House?

—Sí —afirmó Paul gravemente—. Eso dije, señor McKenzie.

—Pero ¿quién ha sido esta vez? ¿De nuevo Prentiss? ¿A quién mató?

—No lo sabemos aún. El cadáver ha desaparecido. El asesino no fue identificado todavía. Pero podría ser Prentiss, naturalmente. Ignorábamos que estaba en libertad de nuevo.

—Dios mío... —jadeó McKenzie blanca y demudada su faz.

En ese preciso momento, la puerta vidriera del fondo se abrió. Una dama alta, de hermosa figura, elegante ropa sobria y aire distinguido, apareció allí con gesto serio y preocupado. Tenía el cabello rubio ceniza, lucía un valioso collar de perlas, y si bien se la veía madura de edad, lo cierto es que parecía mucho más joven de lo que sin duda sería. Paul calculó mentalmente unos cuarenta y dos años, pero aparentando cinco o seis menos. Poseía formas suaves pero llamativas, sin duda alguna. Y era muy bella de rostro, tanto en su breve nariz como en sus labios carnosos y sus ojos verde oscuros.

—Ralph, por favor... —murmuró agitada—. Es importante. Lamento interrumpir, pero la televisión acaba de informar, en su boletín de noticias, algo que te interesa...

—Sé lo que es, querida —musitó su marido amargamente—. Este joven ya me había informado de ello... Están buscando en esta región, Mirna. Confiemos en que pronto den con él y regrese al centro psiquiátrico.

La dama miró a Paul fijamente. Pareció impresionada por su

apariencia. El joven Laverne la estudió, con cortés sonrisa.

—Así es, señora —dijo, respetuoso—. La policía está batiendo la comarca en busca suya. Dicen que ha sido visto por aquí.

—Cielos, eso es horrible —se lamentó ella, llevando sus enojados y finos dedos al rostro, en ademán de angustia—. ¿Pertenece usted acaso a la policía, señor?

—No, en absoluto, señora McKenzie. Mi nombre es Paul Laverne y sólo soy un viajero de paso por Gananoka. Casualmente, sin embargo, me he visto mezclado en un posible asesinato del que ya hablé a su esposo.

—¿Un asesinato? —Se asustó ella—. ¿Cuál?

—Eso es lo que quisiéramos saber. La víctima ha desaparecido. Pero era una mujer, de eso tenemos pocas dudas. El cuerpo ha desaparecido. Creo que la historia de sangre que comenzó hace cuatro años, se ha reanudado otra vez en el presente.

—Dios mío, ella tenía razón, Ralph —musitó con preocupación la dama—. Irish tenía razón...

—¿Irish Morrow? —terció rápidamente Paul—. ¿La ha visto hace poco, señora?

—Sí, aún no hace cuarenta y ocho horas —declaró ella, sorprendida—. ¿La conoce?

—Sólo por referencias. Me interesaría mucho localizarla lo antes posible.

—No sé cómo ayudarle. Es una mujer que no para nunca en ninguna parte. Andaba detrás de una gran noticia, según me dijo —confesó la esposa de McKenzie—, según ella, podía haber nuevamente noticia, y grande, en Gananoka, relacionada con el viejo crimen ya casi olvidado. No pude entenderla muy bien, pero ella parecía saber perfectamente lo que decía.

—Será mejor que calles ya, Mirna —cortó McKenzie ásperamente—. Este joven no tiene por qué enterarse de nada más. Ya te ha dicho que ni siquiera está relacionado con el caso. Me gustaría saber por qué se mete en todo esto, señor Laverne.

—Muy sencillo, señor McKenzie. Porque se ha cometido un segundo asesinato aquí, y es preciso aclararlo lo antes posible. Y porque quizá esa mujer, Irish Morrow, tuvo toda la razón al decir que aquí había noticia, y grande. ¿Han pensado ustedes en la remota posibilidad de que, a pesar de todas las apariencias, su

antiguo amigo Prentiss fuese inocente del crimen que se le imputó?

—Inocente... ¡Eso es imposible! —protestó McKenzie, agitado—. ¡Él mismo confesó entonces!

—Quizá encubría a alguien —sonrió Paul, dirigiéndose a la salida—. No les molesto más, señores. Si alguna vez desean hablar conmigo, estoy en la fonda de esta población. Buenas noches. Y perdonen que les haya importunado mi visita.

Los McKenzie no contestaron. Ella se había aproximado a su esposo, sin quitar su mirada de Paul, mientras éste se encaminaba a la puerta. Solamente cuando ya salía, la voz de ella, suave y educada, le despidió:

—Buenas noches, señor Laverne. Y gracias por todo...

Antes de cerrar tras de sí, aún oyó gruñir entre dientes a McKenzie, con tono malhumorado, reprochando algo a su esposa, quizá justamente las palabras que acababa de pronunciar. Paul se limitó a cruzar la acera y la calzada, cubiertas de nieve, hasta caminar loma abajo, de regreso al centro de la población.

En esos momentos, su motocicleta estaba en manos de Stella Graham, ocupada a su vez en buscar a otra de las personas que les interesaban pulsar en esos momentos: Lorna Logan, la hermana de la asesinada Saddle.

Realmente resultaba lógica su carrera ante las cámaras de cine y TV.

Lorna Logan era una criatura hermosísima, vacía y llena de sensualidad. Un perfecto animal de sexo y belleza física, pero nada más. Alta, rubia, de esplendorosa figura, grandes pero bien formados senos agresivos, ojos claros y muy grandes, boca carnosa y voluptuosa, y un aire de aturdimiento y frivolidad que hablaban bastante negativamente sobre su nivel cerebral.

Como bien dijera aquella especie de crónica viviente de la ciudad que era Laura McCarran, la hermana de Saddle Logan vivía donde viviera la víctima del crimen años atrás. Justamente en el número 20 de Pine Road, casi en las afueras de Gananoka. La señorita Cronyn, patrona de la casa, había alojado a la actriz en la misma habitación del piso alto donde viviera anteriormente Saddle. No era realmente una habitación, sino una especie de *suite*, formada por un dormitorio, un gabinete y una pequeña antesala, amén de un diminuto cuarto de ducha y aseo inmediato.

Lorna Logan recibió a Stella Graham en su pequeño gabinete, ante la pantalla de color de un pequeño televisor portátil que estaba transmitiendo un programa musical de un canal de Ottawa.

Apenas se hubo presentado Stella, la actriz le informó, tras saludarla con cierta frívola cordialidad:

—Perdonará que la reciba algo alterada, pero acabo de enterarme de una mala noticia por el boletín informativo local y...

—No se preocupe —sonrió Stella—. Lamento molestarla a estas horas de la noche, pero creo que mi visita está relacionada también con esa mala noticia que ha oído hace poco en la televisión.

—¿Se refiere usted a lo de Prentiss, el psicópata asesino? —Los ojos muy claros de la actriz se dilataron—. ¿Qué tiene usted que ver con todo ello?

—La policía me ha notificado ya la evasión del convicto del centro psiquiátrico donde estaba recluido. Nos preocupa a un amigo y a mí lo que pueda suceder ahora en esta región, estando en libertad Christian Prentiss.

—¿Preocuparles? ¿Por qué? —se extrañó la actriz—. A mí no me da miedo ese hombre.

—¿No? —Stella enarcó las cejas—. ¿No le preocupa que matara a su hermana?

—Es que yo sé que Prentiss no mató a mi hermana Saddie, señorita Graham —declaró inesperadamente la joven, con una seguridad en sí misma realmente asombrosa.

Stella no supo qué decir inicialmente. Se limitó a mirar a su interlocutora, indecisa. Tras un silencio, se decidió a responder:

—¿Cómo puede afirmar eso con tal rotundidad? Él confesó su culpa, fue condenado tras un proceso.

—Sé todo eso. Pero también sé que él no mató a mi hermana. Me gustaría saber por qué cargó con la responsabilidad de un crimen tan horrible, pero Prentiss no fue el asesino.

—¿Tiene alguna evidencia de eso?

—Por supuesto. La mayor de todas. La palabra de mi propia hermana.

Stella se quedó de una pieza. Miró a la actriz. No parecía muy inteligente, pero sí muy segura de sí misma. Era pasmoso oírla asegurar cosas así sin el más leve parpadeo.

—¿Qué? —musitó Stella—. Su hermana está muerta, señorita

Logan...

—Lo sé mejor que nadie —declaró ella con tristeza—. Pero su palabra existe. Yo la tengo. Grabó una *cassette* el día antes de morir. La dejó entre otras muchas que poseía, con música pop. Nunca supe que esa grabación existía, hasta que casualmente la puse un día en mi *radiocassette*, pensando que era lo que decía su cubierta: una serie de canciones de los Rolling Stones. Pero no era eso, sino un mensaje de Saddy para mí.

—¿Cuándo oyó ese mensaje?

—Hace solamente unos días. Por eso he venido. Era demasiado importante para no hacerlo.

—¿Puede decirme lo que decía su hermana en esa cinta?

—¿Por qué habría de decírselo, señorita Logan? —preguntó francamente la joven actriz, clavando sus ojos algo recelosos en su visita—. Me cae usted bien, pero no sé en absoluto quién es ni por qué ha venido a verme...

—Bueno, voy a serle sincera —confesó Stella—. Yo presencié otro crimen anoche, en la misma casa donde murió su hermana Saddy. Otra mujer fue atacada con un hacha.

—¿Qué? —Se horrorizó ostensiblemente la actriz.

—Pero no tengo pruebas de ello. Vi la escena en sombras, tras una ventana empañada por el frío. No hay huellas del crimen. Yo sé qué ocurrió, pero no puedo demostrarlo. La policía no me cree. He sabido que usted y otras personas, como el escritor Stark y la periodista Irish Morrow, han aparecido por aquí de repente, y he sentido interés por saber los motivos de su llegada a Ganánoka.

—Irish Morrow... —repitió la actriz con aire aturdido—. Ella es quien la tiene...

—Tiene, ¿qué?

—La grabación, claro. La cinta magnética donde mi hermana me hablaba de Prentiss...

—¿Quiere decir que usted se la ha dado a la periodista?

—Así es —afirmó Lorna Logan—. Ella dijo que era algo sensacional, que lo cambiaría todo. Y me prometió darme inmediata respuesta en cuanto descubriera lo que faltaba por saber. Me dijo que anoche mismo me diría quién era el asesino de mi hermana. Pero no he vuelto a verla.

—¿Eso le dijo Irish Morrow? —se interesó vivamente Stella.

—Sí. Pero ya le digo que no cumplió su palabra. No ha vuelto a llamarme siquiera por teléfono. Es raro. Me dijo que ella es una mujer muy seria...

—Concretemos —rogó Stella, ahora profundamente excitada—. ¿Por qué entregó esa cinta a Irish Morrow? ¿Qué decía exactamente su hermana Saddy?

—Bueno, voy a decirle, puesto que parece que lo que pretende usted también es colaborar en todo esto, señorita Graham, que mi hermana afirmaba en aquel mensaje que tenía miedo de morir, que se sabía amenazada por una persona muy peligrosa y cruel, capaz de todo por odio y por amor. Pero que confiaba en que Christian Prentiss la salvara de todo peligro, porque era el único en quién confiaba ciegamente en esta población. Y que, ocurriera lo que ocurriese, él sería su único amigo y protector en el mundo, que sería capaz de todo por salvarla de cualquier peligro.

—Eso no es más que una evidencia de que ella confiaba ciegamente en Prentiss, pero él pudo faltar a esa confianza y matarla, realmente.

—No. Estoy segura de que Saddy no se equivocó. Sabía conocer a la gente. Irish Morrow piensa igual que yo.

—¿Ella escuchó esa grabación antes de quedarse con ella?

—Sí. Dijo que era lo que le bastaba para estar segura de que la verdad seguía oculta en Gananoka y teníamos que ponerlo todo en claro de una vez por todas. Parecía tener una cierta idea de las cosas. Pero no me quiso revelar nada.

—Y no ha vuelto a saber de ella desde ayer.

—Exacto.

—¿Acaso su amiga la periodista es una mujer de pelo ondulado, bastante largo, nariz recta y boca bastante carnosa, de labios abultados?

—Sí —afirmó con sorpresa Lorna—. Así es Irish Morrow. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que la conoce?

—Me temo que la conocí justamente cuando iba a morir —suspiró sombríamente Stella Graham—. A Irish Morrow la asesinaron anoche en la vieja casa, justo donde murió su hermana Saddy, señorita Lorna...

CAPÍTULO VIII

—¿Qué dice, Stella?

—Me temo que la verdad, Paul. La terrible verdad. Irish Morrow había oído la grabación de un mensaje póstumo de Saddie Logan, dirigido a su hermana. Pero esa cinta estaba disimulada dentro de un estuche de los Rolling Stones, y Lorna ha tardado cuatro años en saber que allí había tal mensaje. Saddie confiaba ciegamente en Christian Prentiss. Pero temía morir a manos de alguien lo bastante despiadado y violento como para matar por odio... o por amor. Irish Morrow creyó adivinar algo en ese mensaje, o tal vez Saddie daba a entender alguna cosa que al escaso cerebro de esa chica hermana suya se le escapó totalmente. Lo cierto es que la periodista vino aquí a descubrir a un asesino. Pero ese asesino terminó con ella antes de ser desenmascarado.

—Dios... —jadeó Paul—. Eso quiere decir que Prentiss sería inocente... y que en alguna parte de esta región se oculta ahora el cuerpo sin vida de Irish Morrow, muerta a hachazos.

—Ésa es la conclusión a la que he llegado, Paul —confirmó Stella, tomando otro sorbo de café en el pequeño bar de vidrieras empañadas por el calor reinante en el local, en contraste con el frío intenso del exterior. Allí se habían reunido, como convinieran, tras visitar a sus respectivos objetivos—. Hubo un crimen. Y tenía directa relación con el antiguo. Yo tenía razón, desgraciadamente.

Paul apuró su nueva copa de coñac, afirmando con gesto ceñudo:

—McKenzie, en cambio, está aterrorizado con la fuga de Prentiss. Teme que se quiera vengar de él. Al parecer, no se portó demasiado bien con su amigo, me imagino que por rencor tras el triángulo amoroso con la bella Saddie.

—No me sorprende. Hay muchas cosas oscuras en este pueblo. Cosas que han servido para que Christian Prentiss pagara por algo

que quizá no hizo.

—También conocí a la señora McKenzie.

—¿Y qué?

—Una gran dama. Pero sospecho que no es muy feliz con su marido. Él es tan áspero como poco agradable. Y ella parece sentirse atraída por hombres más jóvenes que ella.

—Ya, por hombres como usted, por ejemplo —sonrió Stella.

—Yo no dije eso.

—Pero es de suponer. La señora McKenzie tiene buen gusto, no hay duda. ¿Es guapa?

—Mucho. Y tiene clase.

—A lo mejor también le gustaba Prentiss. Creo que es un guapo mozo...

—Eso aún enredaría más las cosas de lo que están —replicó Paul Laverne—. ¿Qué tal si ahora intentamos ver al último personaje del drama?

—¿Wilburn Stark, el escritor?

—Eso es. Podríamos ir los dos. Eso cerrará de momento la búsqueda de gente interesada en el asunto, a excepción de la persona que, según usted, ya no podrá contarnos su versión de los hechos: Irish Morrow.

—Sí, vamos. Pero antes creo conveniente llamar a la policía local e informar de lo que sospecho —suspiró Stella, poniéndose en pie y dirigiéndose al teléfono del bar.

—¿Cree que van a aceptar su palabra, después de lo sucedido en Kingston? —dudó Paul Laverne.

—No me importa que lo crean o no. En todo caso, que traten de encontrar viva a Irish Morrow. Ésa sería la mejor prueba de que estoy equivocada. Pero mucho me temo que eso no va a ser ya posible, Paul...

Él no dijo nada. Permaneció sentado ante la mesa, pensativo, mientras ella utilizaba el teléfono. Al regresar, informó con aire de escepticismo:

—El cabo Denver no ha regresado aún de su ronda. Un joven policía somnoliento tomó el recado. No pareció demasiado entusiasmado por el informe, la verdad.

—¿Esperaba otra cosa, Stella?

—No —suspiró ella—. ¿Nos vamos? Van a ser las doce.

Demasiado tarde para ir a ese hotel y despertar a un tipo violento y poco agradable como Stark, ¿no cree?

—¡Qué vamos a hacerle! —murmuró él, resignado—. Ya que estamos metidos en esto hasta el cuello... sigamos adelante, Stella. Lo que le aseguro es que voy a estar en guardia en lo sucesivo, para evitar que me vuelvan a pegar como en la vieja casa...

—Eh, un momento —le interrumpió Stella—. ¿Y si el hombre que encontramos en Lake House esta tarde no fuese el asesino de Saddy Logan... sino el propio Christian Prentiss?

Paul Laverne arrugó el ceño, reflexionó unos momentos en silencio, mientras se dirigían de nuevo a la salida, y declaró cuando abrió la puerta, para que saliera primero su compañera, en medio de una repentina ráfaga helada procedente del exterior:

—Sí, creo que ésa es una posibilidad muy razonable...

Poco después, la motocicleta de Paul conducía a ambos hacia la carretera, rumbo al motel de Kelly, rodando con excesiva velocidad sobre la blanca y esponjosa alfombra de nieve.

Kelly era un tipo espigado, de pelo pajizo y aire abúlico. Bostezó, dejando de dormitar en la recepción del motel, y miró malhumorado a sus dos visitantes de medianoche. Rascándose los hirsutos cabellos desordenados, preguntó con voz bronca:

—¿Y qué diablos quieren ustedes dos ahora? ¿Una habitación para hacer el amor?

—No sea grosero —le cortó secamente Paul—. Venimos a ver a uno de sus huéspedes, eso es todo. Una visita de cortesía y nada más, ¿está bien claro?

Era tal su tono y su modo de mirar, que el tipo se quedó encogido tímidamente, sin atreverse a replicar, salvo con una pregunta de extrañeza:

—¿A estas horas, señor?

—El momento es tan bueno como otro cualquiera. Imagino que nuestro visitado no pondrá objeciones cuando sepa lo urgente de nuestra información para él. Sin embargo, tiene tan malas pulgas que se pondrá muy furioso si usted se negara a anunciarle nuestra presencia aquí.

—Entonces, ya sé a quién se refiere: el cliente de la veinticuatro, el señor Stark, ese escritor del Este... Es insoportable. Tiene un carácter muy violento.

—Así es. ¿Quiere sufrir sus iras o prefiere que vayamos a su habitación?

—Está bien, vayan ustedes, si tanto les urge. Yo no quiero saber nada con ese individuo. Sus modales resultan insoportables.

—Los de usted, amigo, tampoco son un dechado de corrección —fue el ácido comentario de Paul Laverne, mientras tomaba a Stella por un brazo y se dirigía al fondo del motel, edificio de una sola planta, por cuyo corredor se advertía la existencia de numerosas habitaciones. Paul advirtió que, a juzgar por el número de llaves colgadas de los casilleros de recepción, escasa era la concurrencia allí en aquellos momentos.

Recordando que el tal Kelly había mencionado la habitación veinticuatro, llegaron hasta la puerta numerada con esa cifra. Paul y Stella cambiaron una mirada antes de que Paul se decidiese a golpear con los nudillos en la madera.

—Si tiene tan mal genio como parece, estemos preparados —fue su comentario.

Pero el golpetazo no dio el menor resultado. Paul esperó un poco e insistió de nuevo. Tampoco esta vez respondió el ocupante de la habitación.

—O tiene el sueño muy pesado, o ese cretino nos ha dado el número equivocado —murmuró Laverne, disponiéndose a insistir en la llamada con mayor fuerza.

—Espera —dijo Stella súbitamente, con tono preocupado—. Mira eso.

Paul miró hacia donde ella señalaba. Sus ojos se dilataron.

Por debajo de la puerta estaba saliendo agua, mojando la raída alfombra del pasillo. El reguero aumentaba por momentos. Aunque la claridad del corredor no era muy acentuada, Paul creyó advertir algo raro en aquel agua que fluía abundante del cuarto de Wilburn Stark. Se inclinó y mojó sus dedos en ella. Se incorporó, acercando la mano a la luz de una de las lámparas del muro. Stella se aproximó también.

Estaba mojada de algo rojizo. El agua no era limpia, sino mezclada con líquido de color rojo, desvaído por la mezcla. Ambos se miraron ahora con repentino horror.

—¡Paul! —jadeó ella, palideciendo—. Hay agua... y sangre.

—Así es —afirmó él, rotundo.

Fue a la puerta y cargó contra ella decididamente, sin andarse con rodeos. La madera crujió, resistiendo la embestida del fuerte hombre joven. Una voz, la del somnoliento y ahora alarmado Kelly, llamó desde la conserjería:

—¿Qué diablos sucede ahí? ¿Qué están haciendo?

Paul no hizo el menor caso. Cargó nuevamente contra la puerta, con toda su emergencia puesta en el impacto. Esta vez sí. La madera crujió violentamente, se hizo astillas en un punto, y la cerradura se arrancó de cuajo, penetrando Paul en la estancia dando trompicones.

Kelly apareció en el fondo del corredor, con una escopeta en su mano y gesto destemplado. Paul le miró, apurada.

—¡Van a salir de ahí inmediatamente, brazos en alto, o les lleno de perdigones! —rugió Kelly—. ¡Están destrozando mi negocio, malditos gamberros! ¡Avisaré inmediatamente a la policía!

Paul Laverne se había quedado parado, pisando el amplio reguero de agua rojiza. Alargó la mano, halló un interruptor en la pared y lo accionó. Se encendió la luz del dormitorio. Contempló, como hipnotizado, lo que había sobre la cama. Y el grifo abierto de un lavabo, dejando derramar agua y sangre por el suelo.

—Sí, será mejor que avise enseguida a la policía, amigo —avisó a Kelly con voz tajante—. Han asesinado a su cliente, al señor Stark. Lo han asesinado a hachazos, por lo que parece...

Stella lanzó un ahogado grito de horror cuando oyó las frías palabras de su compañero, anunciando un nuevo crimen.

El cabo Denver contempló una vez más con gesto de circunstancias aquel horrible cuerpo tendido casi a los pies del lecho, crispado en un desesperado esfuerzo por huir de la muerte. Esfuerzo que había sido del todo inútil.

Su asesino le había perseguido hasta allí, destrozándole entonces el cráneo con varios terribles golpes de hacha que convirtieron su cabeza en una atroz pulpa sanguinolenta, entre huesos astillados y fragmentos de masa encefálica. La sangre lo empapaba y salpicaba todo a su alrededor. Debió alcanzar al asesino, y éste tuvo que lavarse apresuradamente en el lavabo, puesto que éste aparecía totalmente lleno de rojo, mezclado con el agua.

—Es espantoso —jadeó el policía, apartando la mirada con náuseas—. ¿Cómo supieron ustedes que estaba muerto?

—No lo sabíamos, cabo. Vinimos a verle para charlar con él. Y le hallamos así, al derribar la puerta cuando comprobamos que el agua que salía de debajo de la misma estaba mezclada con sangre.

—¿Cómo venían a verle a estas horas de la noche? —se extrañó el cabo Denver.

—Teníamos nuestros motivos para ello, cabo —Paul le explicó con rapidez lo que había sucedido hasta entonces, comenzando por el crimen presenciado por Stella Graham a bordo del autobús de Toronto.

El policía escuchó, asintiendo de vez en cuando, pensativo. Miró a Stella con curiosidad, pero sin escepticismo. Era obvio que la presencia de un hombre muerto a hachazos en el hotel, prestaba bastante soporte ahora a la historia aparentemente descabellada de la joven norteamericana.

—Entiendo —manifestó por fin—. Ese loco ha vuelto a bañar en sangre la región...

—¿Prentiss? —Paul Laverne sacudió la cabeza pensativo—. No creo que esto sea obra de él. Ni tampoco los demás crímenes. Hay alguna otra explicación que no se me alcanza, cabo. Pero lo que sí es evidente es que alguien está lo bastante loco como para matar sin piedad a cuantos considera que le estorban, sin detenerse en su criminal empeño.

—Pero si no ha sido Prentiss, ¿quién pudo ser? —Mostró Denver su perplejidad.

—Ah, ésa es la respuesta que estamos buscando todos, cabo Denver —confesó Paul con gesto sombrío—. La única persona que ha visto con sus propios ojos al asesino, es la señorita Graham. Pero por desgracia cuando le vio había suficiente vaho en los cristales de aquella ventana como para limitarse a dibujar sólo las siluetas de los dos ocupantes. Y una silueta, un perfil en negro es tan poca cosa...

—Dios mío, si pudiera acordarme... —musitó en ese punto Stella.

—¿Acordarse de qué, señorita? —se interesó vivamente el miembro de la Policía Montada, volviéndose hacia ella.

—De algo que no encajaba en la escena que yo vi entonces. Un detalle que mi subconsciente me dice a veces que no lo he relatado tal como es. Pero sea ello lo que sea, se me escapa. Es como algo

que resbala entre los dedos y se nos va sin remedio una y otra vez...

—Quizá lo recuerde en cualquier instante. De todos modos, deberá cuidarse. Si el asesino sabe que usted fue testigo de aquel crimen, puede llegar a pensar que podría identificarle. Y eso sería peligroso para su seguridad, señorita Graham —mirando luego a la ventana del motel, el cabo añadió, reflexivo—: Es evidente que esta vez el criminal entró por la ventana. No debió hacer ruido apenas. El corte del vidrio es redondo, hecho con un diamante o algo así. Sin duda aplicó luego una ventosa para sujetar el vidrio roto y tirar de él, pasando posteriormente el brazo por el agujero y alzando la falleba.

—Me pregunto por qué mataría a este hombre... —susurró Stella.

—Evidentemente, algo sabía. Algo que no convenía a su asesino —apuntó Paul—. Tal vez ése fue también el motivo por el que la mujer de Lake House fue asesinada.

—Buscaremos el cadáver por toda la región. Si realmente mataron a la señorita Morrow, encontraremos el cuerpo de alguna forma, estoy seguro —declaró el cabo Denver ceñudo—. He pedido ayuda a Kingston. El sargento Kirk viene hacia aquí con varios hombres, para colaborar en la búsqueda de Christian Prentiss.

—Vaya, el sargento Kirk —suspiró Stella—. Un viejo conocido... Me pregunto qué dirá ahora sobre mi historia...

Salieron ella y Paul de la habitación trágica. Kelly, anonadado, permanecía en pie en el corredor, apoyado en la pared. Pasaron junto a él sin que pareciera enterarse siquiera de ello.

—Empiezo a sentirme inmersa en un horror que me angustia y me aterra, Paul —confesó ella con voz apagada—. Pensar que anda suelto por ahí alguien capaz de hacer cosas así...

—Vivimos en un mundo de violencias, Stella —confesó él amargamente—. Incluso en un lugar aparentemente apacible como éste, ocurren cosas así.

—Pero ahora hemos visto la sangre salpicándolo todo. ¿Cómo pudo suceder lo de Lake House sin dejar huellas? ¿Qué pasó con la luz, qué con la sangre, qué con las señales de lo sucedido? ¿Y el cadáver?

—He estado pensando en ello. El asesino debió ocultar el cuerpo en alguna parte, al llevárselo de allí. Eso no ofrece dudas. En cuanto

a lo demás... imagino que se utilizó una luz eléctrica de batería, lo bastante potente como para dar luz allí. Luego, cometido el crimen, el asesino limpió la sangre cuidadosamente, así como sus huellas... y tal vez tuvo la ingeniosa idea de espolvorear con un *spray* o un pulverizador adecuado, todo el recinto del viejo estudio de Prentiss. Si en ese pulverizador se había depositado suficiente polvo, previamente aspirado en otros sitios, iría formando una película que cubriría incluso las huellas del criminal y su víctima, mientras aquél iba saliendo de la casa, tapando sus pisadas a medida que se producían. Es la única posibilidad que existe, a mi juicio, de dejarlo todo tal como estaba. Y tuvo tiempo suficiente, mientras llegábamos a un lugar con teléfono, el conductor llamaba a la policía y el sargento Kirk y su ayudante iban a Lake House.

—Tal vez sea tan sencillo como dices —admitió Stella—. Entonces el asesino se llevó consigo el cadáver, la luz de la batería y el pulverizador de polvo...

—No tenía otro remedio, si quería dejarlo todo tal como estaba. Es posible que, del mismo modo que tú viste la escena en el vidrio de la ventana, él se aproximase a ésta una vez cometido el crimen, para cerrar los postigos de nuevo, y otease hacia el exterior, viendo las luces del autobús, parado tras dar tú el grito que tanto sobresaltó a todos nosotros. Eso le preocuparía, por si habían visto algo, y obró con toda rapidez y cautela. No hay duda de que nos las tenemos con un cerebro astuto, frío y de recursos. Por eso no creo que fuese Prentiss el criminal. Un psicópata frío y evadido de un centro psiquiátrico no adopta tantas precauciones para borrar un crimen.

—Eso está muy bien deducido, Paul —admitió ella, mirándole con sorpresa—. ¿Sabes que servirías para detective?

—Pero a mí, al contrario que a ti, no me gustan las novelas policíacas ni los héroes de ficción —rió él entre dientes, contemplando el paisaje nevado—. Creo que vamos a volver a la población y te dejaré en la pensión para que descanses.

—¿Y tú, Paul? —preguntó ella, sin darse siquiera cuenta de cómo habían ido intimando en trato ambos jóvenes, a medida que vivían juntos aquella aventura.

—Creo que me quedaré un rato levantado, para ayudar a los agentes a dar con el cuerpo de Irish Morrow. No tengo ningún

sueño, la verdad.

—Yo tampoco —se apresuró a decir ella.

—Ah, no, no. Eso sí que no —la reprendió Paul con severo gesto—. Para una jovencita como tú es demasiado tarde. Y no puedes ayudarnos. Serás buena chica, irás a dormir, y mañana podremos continuar con todo esto más descansados.

—No me gusta que me den órdenes —se irritó ella.

—No es una orden. Sólo un buen consejo. Me sentiré mejor si sé que estás descansado, bien calentita en tu cama, olvidándote por unas horas de toda esta pesadilla, para tener más dulces sueños.

—Dudo que mis sueños sean dulces después de semejante experiencia.

—Al menos, lo intentarás. Estás agotada, tienes ojeras... ¿Me vas a hacer caso, por favor?

—Está bien, Paul —asintió ella resignada—. Te obedeceré por una sola vez, sin que sirva de precedente, ¿está claro?

—Como el blanco de la nieve —sonrió él. Alzó la cabeza, frunciendo el ceño, al ver venir unos faros por la carretera—. Alguien se acerca...

Un coche penetró rápidamente en el claro destinado a aparcarse los clientes del motel, y chirriaron unos frenos con estridencia, al tiempo que unos neumáticos se aferraban al suelo con fuerza. La portezuela se abrió, saliendo alguien del vehículo.

—Vaya modo de conducir... —resopló Paul.

—Es esa chica, la hija del taxista McCarran —señaló Stella sonriendo—. Ahora comprendo por qué su padre no la deja conducir... ¿Qué ocurrirá para que se haya decidido a contravenir sus órdenes y tomar el coche?

Ciertamente, la pelirroja muchacha de la gasolinera, con pantalones grises ahora, y una camisa de franela azul marino, saltó del vehículo hacia ellos. Venía con expresión alterada, cosa bastante rara en ella.

—Menos mal que les encuentro —jadeó—. ¿Está el cabo ahí dentro?

—Sí, Laura, está ahí —asintió Stella—. Han matado a Wilburn Stark. A hachazos.

—Cielos —jadeó la muchacha de aire varonil abriendo mucho sus ojos—. No hay duda de que alguien está rematadamente loco.

Vengo a informar al cabo Denver de que alguien acaba de encontrar el cadáver de una mujer, con la cabeza destrozada a golpes de hacha.

—¿Irish Morrow? —preguntó vivamente Stella, palideciendo.

—Sí, eso es —escudriñó sorprendida la joven—. ¿Cómo lo sabía?

—Es largo de contar, querida. Ve a ver al cabo. Le interesará conocer la noticia. ¿Dónde fue hallado el cuerpo?

—En las aguas del río, cerca de la casa de los McKenzie —informó Laura McCarran.

—Los McKenzie, ¿eh? —Silabeó Paul, pensativo—. Es curioso...

Ambas mujeres le miraron, pero él no añadió más. Laura penetró en el motel para hablar con el agente de la Policía Montada. Cuando regresó, Paul se disponía a montar en su motocicleta con Stella, para llevarla al pueblo.

—Te dejaré en la pensión y volveré con el cabo —decía en ese momento—. Aunque el cuerpo de la Morrow ha aparecido ya, tengo varias cosas que hacer antes de acostarme.

—No necesita molestarse en ir y volver —se ofreció espontáneamente la pelirroja muchacha—. Yo regreso a casa, antes de que papá se despierte y sepa que me llevé el coche. Puedo dejar a la señorita Graham en la pensión sin molestia alguna.

—Sí, será lo mejor —convino Stella, bajando de la motocicleta—. Quédate aquí, Paul. Ya nos veremos mañana.

—Sí, Stella, hasta mañana —murmuró él—. Ahora que ya tenemos tres cadáveres, es evidente que van a buscar a Christian Prentiss de forma intensiva. Quiero estar con ellos cuando Prentiss aparezca. No me gustaría que lo matasen por precipitación o error. Ahora sí estoy totalmente seguro de que ese hombre es inocente...

Se alejó hacia la edificación del motel. Stella Graham subió al coche de Laura McCarran, sentándose junto a ésta. La pelirroja se puso al volante, y maniobró a su manera para salir del aparcamiento y enfilar la ruta.

—Empiezo a comprender por qué tu padre no se fía de ti —sonrió Stella.

Laura se echó a reír de buena gana, conduciendo alegremente por la cinta de asfalto bordeada de blancos festones de nieve y hielo, que reverberaban con intensidad al ser heridos por los faros del coche.

—Yo también —confesó ella—. Pero es mi modo de ser cuando tengo un volante en las manos. Me encantaría correr en Fórmula 1. Debe ser apasionante.

—Sin duda —suspiró Stella, contemplando la carretera mientras rodaban velozmente hacia el pueblo.

Tras un silencio, la chica del surtidor comentó con jovialidad:

—Ese mozo está loco por usted, ¿eh?

—¿Cómo? —Se sobresaltó Stella, saliendo de su abstracción.

—Su amigo —rió Laura McCarran—. Se le nota. La mira de un modo...

—No sé, no me he fijado —se turbó Stella.

—Vamos, vamos, no se haga la tonta. Sabe muy bien que es cierto lo que digo. Tiene mucha suerte, ¿sabe? Es todo un tipazo. Guapo y arrogante... —Lanzó un suspiro—. Lástima que no me atraigan ya los hombres.

—No diga eso. Eres una chica atractiva y muy joven, Laura. Tienen que gustarte los chicos, aunque puedas sentir alguna otra debilidad, por el motivo que sea.

—¿Motivo? Estuve loca por uno, pero me rechazó. No sólo eso. Me llamó mocosa, se burló de mí, de mis sentimientos... y me dejó. No pude hacer nada por recuperarle. Ni siquiera decirle a mi padre cosa alguna, pese a que me abofeteó y me dejó amoratada media cara. Tuve que urdir una mentira para explicarlo.

—Eso es una infamia. Debiste decirlo. Y denunciar a ese hombre.

—No podía —negó ella tristemente—. Yo le había seducido. Me había acostado con él. Iba a tener un hijo suyo, con sólo diecisiete años cumplidos, ¿entiendes? Mi padre me hubiera matado.

—Cielos... —Se sintió turbada Stella más que nunca—. Lo siento de veras. No podía imaginar...

—¿Que yo fuese una adolescente tan ávida de sexo? Pues así era. Esa lección me bastó. No deseé jamás a hombre alguno desde entonces. Aborté sin que nadie se enterase. Y empecé a fijarme en las mujeres bonitas...

Stella apretó los labios. El tema no era agradable precisamente. Se sintió violenta. Y más aún cuando una mano pecosa de la muchacha se apoyó como al azar en su rodilla.

—No tienes que contarme nada —se apresuró a decir, retirando

la pierna—. Te comprendo perfectamente. Y no voy a reprocharte nada, Laura. A veces, los hombres tienen la culpa de cosas así.

—Los hombres... e incluso las mujeres. Tampoco nosotras somos mucho mejores, señorita Graham. Una mujer también me defraudó. Me hizo pensar que me quería, que yo le gustaba... Incluso llegamos a intimar las dos. Fue algo maravilloso, una experiencia inolvidable para mí. Y, de repente, supe que todo era un capricho, una novedad para ella. Luego me despidió, me dijo que los hombres le gustaban demasiado para verse liada con una degenerada como yo. Fue cruel, fue muy dura conmigo, me hizo mucho daño...

—Sí, entiendo —manifestó roncamente Stella, cada vez más incómoda, arrepintiéndose de haber aceptado ir con aquella rara muchacha al pueblo.

—No, ¿cómo va a entender? —Le tembló la voz a la pelirroja, y Stella descubrió llanto en sus ojos—. No puede entenderlo por mucho que se esfuerce. Allí ante mí, mirándome despectiva, burlándose de mí hasta el escarnio, llamándome de todo lo peor, censurándome acremente mi... mi inclinación. No sé, no pude evitar que la rabia, el odio y el dolor me cegaran de tal modo...

Respiró hondo. Se detuvo, como si no quisiera continuar. Se enjugó las lágrimas de un manotazo y aceleró la marcha. Luego añadió, como dando por terminado el asunto:

—Sin embargo, luego se la veía tan desvalida, tan vencida... Como un maniquí roto. Sentí piedad por ella, pobre mujer...

Siguió conduciendo, ahora en silencio. Stella frunció el ceño. Con la mirada fija en la carretera, algo acudió a su mente de forma vaga, imprecisa primero. Unas frases muy parecidas a aquéllas, pronunciadas en otra ocasión:

«Pobre chica. Cuando supe que estaba muerta, sentí piedad por ella. Se le veía tan desvalida, tan rota, vencida...».

Recordó cuándo y a quién había oído tales palabras. Eran pronunciadas por la propia Laura. Mientras hablaba con ella y con Paul. Y se habían referido a Saddie Logan.

Ahora, una serie de frases coincidían extrañamente con aquéllas:

«... Luego, la veía tan desvalida... tan vencida... Sentí piedad por ella, pobre mujer...».

Y había añadido algo terrible:

«Como un maniquí roto».

MANIQUÍ ROTO.

Roto... a hachazos.

Sintió frío. Tembló, dominándose. Alzó la mirada. Se encontró con la de Laura, fija en ella a través del retrovisor.

—Creo que he hablado de más —comentó Laura McCarran.

—Oh, no, nada de eso —se apresuró a negar Stella, notando que un extraño hormigueo helado reptaba por su espina dorsal—. Somos mujeres. Hablamos de cosas siempre...

—Yo hablo siempre demasiado —insistió Laura—. Usted se ha dado cuenta.

—Te aseguro que no me importa cuánto hables. Es normal que...

—Usted se ha dado cuenta de lo que he dicho —insistió ella fríamente—. Ahora sabe que yo maté a Saddy Logan, a Irish Morrow, a ese sucio tipo del motel...

El terror la atenazó con una zarpa helada. El hormigueo se hizo escalofrío y notó que se le erizaban los cabellos. Miró el perfil repentinamente endurecido de su compañera de viaje.

Y recordó.

Recordó aquello que siempre huía de su mente cuando pensaba en ello. El detalle que no encajaba en la visión del crimen en Lake House...

El perfil. El perfil del hombre de sombrero y gabardina con cuello subido... no era el perfil de un hombre, sino el de una mujer. El perfil de Laura McCarran.

—Sí, ahora lo sabe. Me he delatado yo misma —jadeó Laura—. Lo siento. No hubiera querido matarla a usted también. Me gusta. Es bonita, dulce, femenina. Pero ahora no tengo otro remedio... Siempre tuve miedo de que me reconociese... Ahora sí se da cuenta de que yo era la persona que vio en la ventana, ¿no es cierto?

Stella no supo qué decir. Iba a hablar y la voz no brotó de su garganta.

—Ahora ya lo sabe todo —insistió Laura—. Por qué maté a Saddy. No soporté sus ofensas, sus burlas. No iba a ser como con aquel hombre... ¿Sabe quién era él? Prentiss. Christian Prentiss, el político y artista... Es inocente, sí. Pero no del todo. Él hizo de mí lo que soy. Creo que siempre supo que era yo. Y que calló por no confesar que había seducido a una menor, aunque fuera yo quien le provocase. Por otro lado, quizás así creía pagar su deuda conmigo,

maldito miserable... Ahora ha vuelto, no sé por qué. Sabrá que yo maté también a los otros. Me buscará. Y tendré que matarle. Irish Morrow poseía una *cassette* muy reveladora. En ella, Saddie hablaba de sus relaciones con «una chica de Gananoka, reprimida y lesbiana por odio a los hombres tras haber sido seducida y abandonada por uno». Irish Morrow descubrió el ovillo tirando de ese hilo. Fue a la casa abandonada para reconstruir los hechos. Yo la seguí vestida con ropas de mi padre. Al verme, quiso tranquilizarme, decirme que nada me sucedería si contaba la verdad en exclusiva para su periódico, porque éste y ella, con todas sus influencias, me defenderían logrando una sentencia benigna, ya que era menor de edad cuando maté a Saddie... Tuve que matarla también. Se quedó muy sorprendida al ver que la atacaba con el hacha que había llevado bajo la gabardina. Y gritó de un modo... Parecía un cerdo degollado, señorita Graham.

—Por favor, Laura... —Casi sollozó Stella.

La hija de McCarran sonrió, desviando el coche y metiéndolo entre unos abetos, en medio de la nieve, ante el terror creciente de su compañera.

—No le gusta la historia, ¿verdad? Pues no haber metido las narices en ella. Ahora ya no puede salir de esto. Se metió en ello hasta el mismo cuello, preciosa.

Frenó entre los abetos, añadiendo con voz ronca y dura:

—Dentro de este coche puede encontrar la batería con luz que iluminó aquella noche la habitación del crimen, el pulverizador lleno de polvo y tierra triturada, para alfombrar con ello toda huella en el suelo. Y el hacha, claro...

Abrió la portezuela, y se inclinó. Al incorporarse, un objeto envuelto en telas ensangrentadas apareció entre sus manos. Laura dejó caer las telas. Stella miró con horror la hoja todavía cubierta de sangre seca, el mango sujetado firmemente por las manos varoniles de la muchacha. El hacha destelló, herida por un reflejo en la nieve. Laura apagó los faros.

Sólo el leve resplandor de la nieve en la oscura noche prestaba una luminosidad fantástica a la escena.

—Salga de ahí —ordenó la pelirroja fríamente—. Si no lo hace, la mataré dentro mismo del coche, de modo que elija.

—No tiene por qué hacerlo. Me iré del Canadá esta misma

noche, no diré a nadie lo que he oído, Laura... —susurró Stella, sabiendo cuán poco convincentes eran sus argumentos para aquella mujer enloquecida.

—Lo siento. Sabe que eso no sería así. Acudiría de inmediato a su guapo amigo, para pedirle ayuda y protección. No, no puedo hacerlo. Ya no. También Morrow quiso pedirme piedad esta noche, prometiendo que no revelaría a nadie lo que la estúpida de Irish Morrow le había confiado, antes de reunirse conmigo en la vieja casa. Que sólo quería el material para una novela, un *best-seller*. No podía creerle una palabra. Tapé su boca con una mano, y le pegué con el hacha. Ni siquiera gritó. Luego, seguí pegando fuerte... Era un cerdo. A cambio de su silencio, quería llevarme con él, convertirme en su amante para toda clase de aberraciones. Yo le había dicho que aceptaba. No se imaginó nunca que le visitaría en plena noche para hacerle pedazos su sucia cabeza.

—Por favor, Laura... —gimió Stella, lívida y desfallecida, apoyándose en la carrocería, ya en pie en medio de la nieve—. No más detalles... Todo es tan horrible...

—Eso tuvo que pensarlo antes de meterse en lo que no la llamaban. Debió seguir viaje, callarse lo que veía... Pero no. Tenía que jugar a los detectives, creerse una heroína, ¿no es cierto? Ahora ya ha llegado al final que quería. Sólo que éste no va a ser el que usted imaginó, querida...

Había una cruel malignidad, un ensañamiento perverso en el rostro, repentinamente crispado por una expresión demencial, de la pelirroja chica del surtidor de la que nadie había sospechado jamás una personalidad tan retorcida y morbosa. El hacha comenzó a alzarse en el aire.

Y Stella supo que había llegado su hora.

En décimas de segundo, por sus ojos y su mente desfilaron las imágenes de linterna mágica de aquella trágica noche.

Ahora ya no era el testigo de algo, sino la protagonista principal del suceso.

El hacha brilló encima de la cabeza de Laura McCarran, dispuesta a caer sobre la rubia cabeza de Stella Graham en golpe mortífero...

El disparo restalló agriamente en la noche.

Con el estampido, llegó el crujido de ramajes rotos, de nieve

pisoteada...

Laura McCarran gritó agudamente, y el hacha cayó de su mano. La sangre corrió por los dedos. Miró aterrada a un punto situado a espaldas de Stella, y trató de escapar corriendo.

Una voz potente la avisó con energía:

—¡Quieta, Laura, o disparo a matar! ¡Alto, en nombre de la ley! Estás arrestada...

El cabo Denver apareció en el claro rodeado de abetos, iluminando con una potente linterna a la muchacha herida. Los ojos de ésta miraron con odio al policía y a su acompañante.

—¡Stella! ¿Estás bien? —Fue la pregunta agitada de Paul Laverne.

—¡Paul! ¡Oh, Paul, ha sido horrible, horrible! —estalló ella de repente en histéricos sollozos, precipitándose en brazos del joven, que la acogió contra sí, con expresión comprensiva y tierna.

Denver llegó junto a Laura McCarran y la esposó con rapidez.

—Tu carrera de crímenes se ha terminado, pequeña —silabeó el policía—. ¿Quién podía imaginar que fueses capaz de tanta atrocidad, Laura McCarran?

—¡Váyase al diablo, cabo! —masculló ella con voz desfigurada por la rabia. Miró despectiva a la pareja abrazada que formaban Paul y Stella—. Ha tenido mucha suerte esa mujer. Mucha... Y eso no es justo. No es justo...

Dos gruesas lágrimas corrían por las mejillas de ella, mientras el cabo la conducía a la carretera. Stella alzó su cabeza. Vio, por encima del hombro de Paul, el coche-patrulla del cabo Denver, parado en la cuneta.

—Nos seguisteis... —musitó.

—No exactamente. Me quedé con el cabo Denver en el motel, como un estúpido. Y de repente, caí en la cuenta. Estábamos buscando a un hombre como asesino, y éste podía ser una mujer. Recordé ciertas palabras que esa chica mencionó, alusivas a Saddie Logan. Y me pregunté: ¿cómo sabía ella que Saddie, una vez muerta, parecía tan desvalida, tan rota, tan vencida...?

—Gracias a Dios que pensaste en ello —susurró Stella—. Eso me salvó la vida...

—En cuanto tuve esa idea, temí por tu vida. Corrimos tras de ti sin hacer sonar la sirena para no alarmarla. Vimos claramente el

desvió en la nieve de la cuneta, donde ella abandonó la carretera, y vinimos con toda rapidez. Dios quiso que llegáramos justo a tiempo... Vamos ya. El cabo Denver nos llevará al pueblo. Ahora sí podrás descansar, Stella. Y mañana... podremos seguir viaje juntos, ¿qué te parece?

—Bien, Paul... —musitó ella, tiernamente, mirándole a los ojos —. Lo que tú digas...

Se inclinó él. La besó. Stella devolvió el beso. En ese momento, el cabo llamó desde el coche:

—¿Suben ustedes también, teniente Laverne?

Stella pegó un respingo. Miró a Paul, asombrada.

—¿Qué ha dicho ese hombre? ¿Teniente Laverne?

—Bueno, han pasado tantas cosas últimamente, que olvidé decirte mi profesión —rió él entre dientes—. Teniente Paul Laverne, de la Policía Montada del Canadá, con destino en Quebec. Ah, en viaje de vacaciones... como tú.

Y rió de buena gana, abrazando a Stella contra sí fuertemente.

FIN



9 788402 025135

01715



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

